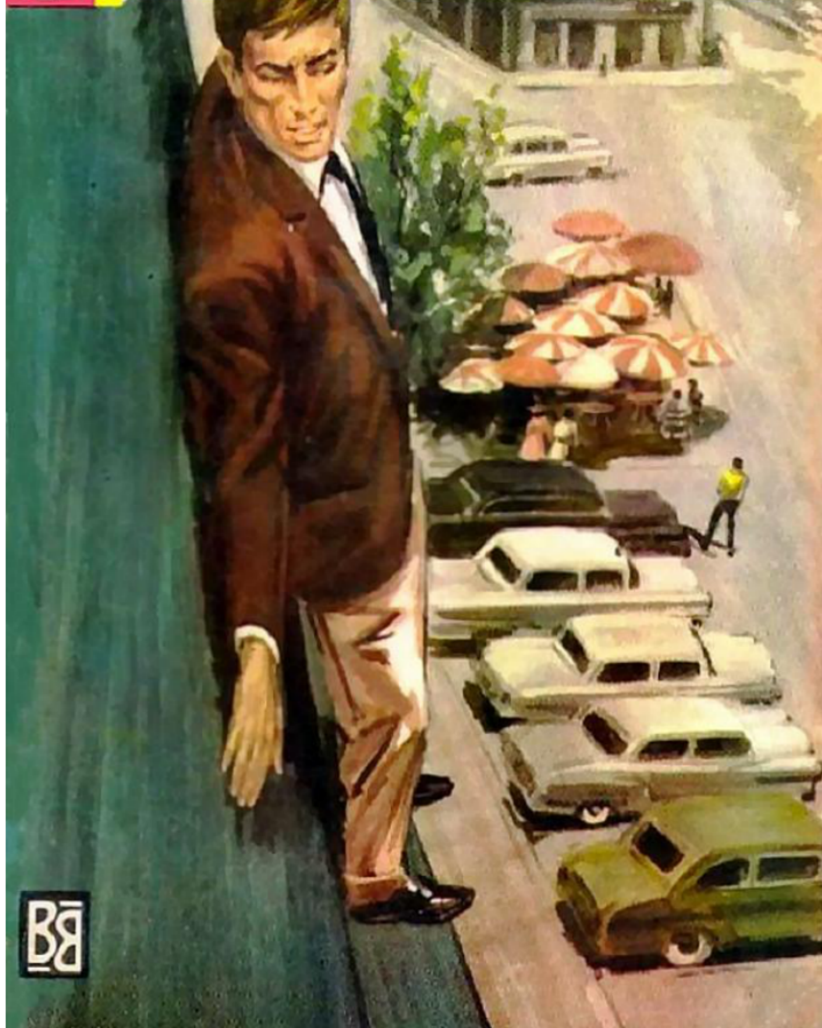

SS
SERVICIO SECRETO
DETRAS DEL SILENCIO
silver kane
BB



SILVER KANE

DETRAS DEL SILENCIO

Col. SERVICIO
SECRETO n.º 737
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 20355 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: SETIEMBRE - 1964

Impreso en Imprenta Ecumene, S. A. - Pasaje de la Banca, 5
Barcelona, 1964

N. R. 4451/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

UNO

La primera noticia de que iban a asesinarla la tuvo Lorna unos minutos antes de entrar en la sala de operaciones.

Un policía se acercó a ella, que estaba quieta sobre la camilla de ruedas, esperando que la transportaran, y susurró:

—¿Señorita Lorna?

—Sí.

—Soy Barklam, agente del F.B.I.

—¿El F.B.I.? ¿Qué quieren ustedes conmigo?

—Por favor, mire mi placa.

El agente la mostró. La puso ante los ojos de Lorna creyendo que ésta iba a abrirlos, pero la muchacha no movió los párpados.

—¿Es que no quiere fijarse en ella? —preguntó Barklam, algo perplejo.

—No es que no quiera; es que no puedo. ¿No se ha dado cuenta de que soy ciega, señor Barklam?

El agente tragó saliva.

—No, perdón… Creí que usted tenía los ojos cerrados por otra razón. Pensaba que iban a operarla de otra cosa.

—Pues van a hacer conmigo un experimento casi desesperado para lograr que recobre la vista, señor Barklam.

A pesar de que su situación no era propicia, al optimismo, la muchacha sonreía con una expresión dulce y quieta que Barklam no recordaba haber visto nunca.

—De veras lo lamento, señorita Lorna. ¿Cuándo van a operarla?

—Dentro de muy pocos minutos. Precisamente me habían dejado aquí para ver si el quirófano estaba listo. Dentro de unos instantes me bajarán en el ascensor; me ha encontrado usted por pura casualidad.

Hizo un dulce gesto con los labios, siempre sin abrir los ojos, y susurró:

—¿Qué quiere el F.B.I. de mí, señor Barklam?

—Hacerle una advertencia.

—¿Sí?

—Sí, señorita Lorna. En nuestro Departamento tenemos claras noticias de que usted va a ser asesinada.

Las palabras eran limpias, concretas y no admitían dudas. Lorna nunca había pensado que pudieran darle una noticia así, es decir que iban a asesinarla. Y si alguna vez lo había pensado, siempre se dijo que ante una noticia como aquélla quedaría paralizada por el horror. Sin embargo, ahora no sentía nada; nada absolutamente. Sólo sus labios temblaron un poco, mientras susurraba:

—Gracias, señor Barklam.

—¿Es eso todo lo que se le ocurre decir?

—Sí, señor Barklam.

—Creí que se inquietaría más.

—Usted no puede imaginar lo que siente, señor Barklam. De veras estoy asustada, pero ¿qué puedo hacer?

—Está usted indefensa, señorita Lorna. Podrían matarla incluso en la sala de operaciones.

—¿Han tomado alguna medida para impedirlo?

—Sí.

Barklam se apoyó suavemente en la jamba de la puerta, para así poder vigilar mejor un lado y otro del pasillo vacío, y de forma que sólo la muchacha pudiese oírle susurró:

—Claro que liemos tomado medidas. Desde que falleció su padre, señorita Lorna, usted ha constituido una preocupación para nosotros. Previendo que en la sala de operaciones puedan intentar algo contra usted, le participo que en ella estará Roland Huster, uno de nuestros mejores agentes. Ha logrado sustituir a uno de los ayudantes. No tema porque nada ocurrirá.

La muchacha se limitó a decir:

—Gracias, señor Barklam.

Tenía las facciones rígidas, y las hermosas líneas de su rostro parecían haberse tensado y hecho más largas y duras. No obstante Lorna seguía siendo una belleza, seguía siendo una de esas mujeres por las que uno puede llegar a ser un santo o un asesino. Barklam lo comprendió así, mientras paseaba los ojos por las líneas de su cuerpo, apenas cubierto por una delgada sábana.

—Tenga confianza, señorita Lorna.

—La tengo. Aunque no sé si se habrá dado usted cuenta de, que, estando ciega, la vida no me inspira demasiada ilusión. De todos modos gracias, señor Barklam.

—No diga a nadie que ha hablado conmigo, Si le preguntan, no confiese jamás lo que sabe.

—Se lo prometo.

En aquel momento se abrió una puerta de las que había al fondo del pasillo, y dos hombres vestidos con bata blanca aparecieron enmarcados en ella. Eran tipos altos, delgados, y tenían un no sé qué siniestro en sus movimientos, pero, Lorna no podía darse cuenta de eso.

Barklam, que había continuado apoyado en la jamba hasta aquel instante, se movió con una agilidad qué sólo hubiera tenido un auténtico veterano en aquella clase de trabajos. Pareció esfumarse en el aire en cuestión de segundos. Girando sobre las puntas de sus zapatos igual que un bailarín, desapareció por una puerta lateral y dejó a la muchacha sola. Los dos ayudantes que llegaban ni siquiera imaginaron su presencia.

Uno de ellos susurró:

—¿Lista, señorita Lorna?

—Lista.

—El cirujano la espera en el quirófano. Perdone que la hayamos hecho esperar, pero el ascensor estaba encallado.

—Hubiera podido bajar por mi propio pie, gracias.

—Es mejor que no se fatigue.

La arrastraron suavemente a lo largo del pasillo solitario. Lorna se preguntó al alguno de aquéllos dos sería Roland Huster, el agente que había de protegerla. Hubiera deseado verlos, porque estaba segura de que, sólo mirando a los ojos de aquellos hombres, habría adivinado la verdad. Pero eso era imposible.

Notó que la introducían en un amplio ascensor metálico, y éste se deslizó hacia los pisos inferiores con un leve zumbido.

Luego la sacaron.

Notaba a su alrededor rumor suave de voces, lo cual indicaba que ahora en el pasillo había gente. La camilla detuvo su movimiento, Unas manos robustas se posaron en las rodillas y en los hombros de Lorna y tiraron de ella, trasladándola sin esfuerzo a

la mesa de operaciones.

Luego una voz pidió:

—La anestesia…

Lorna pensó angustiosamente:

«Ahora van a matarme… Van a matarme sin que me dé cuenta…».

A su espalda, con esa voz profesional e indiferente que se tiene y veces, en los quirófanos y en los depósitos de cadáveres, una enfermera explicó:

—¿No sabéis? El boletín de noticias de la televisión acaba de comunicarlo. Lo he oído mientras estaba en la Sala de Descanso. Un tipo de esos del F.B.I., un agente llamado Roland Huster, si no recuerdo mal, se ha matado con su coche hará media hora…

La voz lejana del médico pidió de nueva:

—¿A qué esperan? Preparen la anestesia de una vez…

Lorna sintió que la angustia atenazaba su corazón y sin un solo grito, sin un solo gemido, supo que iba a morir irremediablemente.

La aguja impregnada de curare se clavó profundamente en una de las venas de su brazo derecho.

DOS

A Roland Huster le habían encargado efectivamente aquella mañana:

—Lo siento, muchacho. Tienes trabajo. Vas a ir a la clínica del doctor Bunsen ahora mismo.

Roland tenía veintinueve años. Era alto, fuerte y con esa apariencia atlética que para los agentes federales han ideado las películas, aunque casi nunca se corresponda con la realidad. Pero en el caso de Roland la realidad era bien patente. Sus músculos largos y fuertes se marcaban bajo la americana bien cortada, su rostro parecía tallado a cincel, y sus ojos grises tenían una luz inhumana, y sin embargo, alentadora para el que los miraba. Así era Roland Huster.

Según decían sus compañeros, un tipo raro.

Aficionado a pasear solo por el campo, casi un profesional de la música dodecafónica, coleccionista de armas y de sellos de países orientales… Todo esto no rimaba muy bien con sus restantes aficiones, que eran el *rugby*, el «catch» y, sobre todo, el boxeo, deporte que practicaba asiduamente. Por eso nadie había llegado a entender bien a Roland.

Ahora paseó su mirada distraídamente por el despacho del jefe de grupo, Baxter, en el cual estaba también, seleccionando notas para el archivo, el agente Conan.

—¿Un trabajo? —preguntó.

—Sí, y rápido. Ya te lo he dicho.

—¿En una clínica? ¿Qué he de hacer yo en una clínica? ¿Y no es el doctor Bunsen un cirujano de los ojos?

—Premio, muchacho. Acertaste.

—¿Qué he de hacer yo allí?

—Esta mañana van a operar a una muchacha llamada Lorna.

—¿Lorna y qué más?…

—Lorna Steicker.

Ahora el nombre sí que dijo algo a Roland, quien lanzó un largo silbido.

—¿La hija del *gángster*?

—Sí, ella misma. Pero parece comprobado que la muchacha no sabía nada acerca de la vida que llevaba su padre.

—¿No estaban juntos en Nueva York?

—No. Ella estuvo interna en un colegio hasta los dieciocho años, y entonces perdió la vista a causa de un accidente. Creo que se le produjo un derrame; y precisamente hoy la operan.

—¿Sus ojos?

—Sí.

El jefe de grupo Baxter sacó unas fotografías del cajón central de su mesa y las mostró a Roland.

—Toma, hijo mío, mírala bien. Empapúrrate. Hártate de información sobre sus fantásticas curvas.

Roland puso los ojos sobre las fotos.

Verdaderamente la chica valía la pena.

Había sido fotografiada con teleobjetivo y sin saberlo ella, desde alguna casa frontera. En una de las placas salía a la callé, en otra se desvestía ante una ventana, en la tercera compraba un periódico, y en la cuarta subía a un taxi. Todo esto lo hacía llevando unas gruesas gafas negras; de ello se podía deducir que era ya ciega cuando las fotos fueron tomadas.

Roland musitó:

—Un trabajo sucio y cobarde.

—¿Por qué?

—No está bien fotografiar el *striptease* de una ciega.

—Nuestros hombres querían obtener información; eso es todo.

—¿Para qué la necesitaban?

—Muerto su padre, mejor dicho asesinado su padre, todo lo que tuviera relación con Lorna Steicker era importante para el F.B.I.

—¿Con qué objeto?

Baxter ofreció un cigarrillo al agente, mientras Conan, tras ellos, seguía tomando notas.

—Tú ya sabes que Steicker tenía muchísimo dinero. Llegó a dirigir algunas de las más importantes salas de juego clandestinas de la ciudad. Estaba metido hasta el cogote en el contrabando de

narcóticos y en la trata de blancas. Engañaba a muchachas judías que querían emigrar a Israel, y las *colocaba* en repugnantes locales de algunos países de Sudamérica.

Todo esto da asco desde la primera a la última letra, pero durante años constituyó el negocio de Steicker y le proporcionó montañas de dinero. Su fortuna se evaluaba en veinte millones de dólares.

Roland lanzó un silbido.

—Para ser un puerco, no está mal.

—Luego esa fortuna desapareció.

—¿Cómo?

Baxter hizo un amplio gesto con los brazos.

—Se fue por el aire… ¡Buf! Se convirtió en humo.

—¿Pero dónde la escondió?

—Eso es lo que se trata de saber. Por lo pronto estamos seguros de que Steicker no se sentía a gusto con los billetes ni manejando unas cuentas corrientes bancarias que en cualquier momento podían ser intervenidas. Por eso compró brillantes. Veinte millones de dólares en brillantes, pajarito. ¿Has oído bien? Veinte millones.

Roland empezaba a comprender.

El cigarrillo que no había encendido aún colgó de sus labios laciamente.

—Ya comprendo. Y al ser baleado Steicker, todo el inundo se quedó con un palmo de narices, sin saber dónde estaban los brillantes.

—¡Qué inteligente eres, Roland!

—¿Piensan acaso que los tiene la hija?

—Eso creen algunos. Los antiguos rivales de su padre opinan que ella no es la palomita muerta que parece.

—E imaginan que conoce el escondite, ¿no?

—La han amenazado de muerte para que lo revele.

—¿Y ella? ¿Qué dice ella a eso?

—Ha empezado por no avisarnos. Al parecer no se tomó las primeras amenazas en serio. Sin embargo, una ciega es una víctima tan fácil que por fuerza nos vemos obligados a protegerla.

—Y así, si averiguamos dónde están los brillantes, miel sobre hojuelas, ¿no, Baxter?

—Miel sobre hojuelas, muchacho.

—¿Usted cree que Lorna sabe algo?

—Imposible decirlo. Lo único seguro es que la extorsionan para que hable, pero hasta el momento no ha dicho una palabra.

Roland encendió el cigarrillo al fin.

—En este caso hay que suponer que es muy lista o se trata de una pobre muchacha a la que van a asesinar como un pajarillo.

—Tú debes protegerla, Roland.

—¿Qué debo hacer?

—Te presentas en la clínica Bunsen, preguntas por el quirófano número tres, junto al cual hay unos vestuarios, entras en ellos, te lavas y desinfectas cuidadosamente y te vistes con toda tranquilidad una bata blanca. Luego te llamarán por altavoz para que ayudes al doctor Bunsen en la intervención.

—Pero no me llamarán por mi nombre, supongo.

—No. Tú te llamarás Stuart.

—¿Quién es Stuart?

—Un ayudante contratado para ese trabajo y que tiene fama de ser muy experto.

—Pero…

—No te preocupes, al verdadero Stuart se le ha detenido por incumplir unas normas de tráfico. Todo intencionado, claro. No saldrá basta la noche, y para entonces la intervención habrá concluido ya.

—¿Pero nadie le conoce?

—En la clínica, nadie.

—¿Por qué se me ha elegido a mí?

—Porque estudiaste Medicina durante varios años y no desentonarás en aquel ambiente.

El cigarrillo cayó blandamente de los labios entreabiertos de Roland.

—¿Pero qué infiernos haré cuando la operación empiece?…

—Sólo tendrás que anestesiar. Eso sí sabes hacerlo perfectamente. Lo practicaste durante tus cursos. En una persona de edad la anestesia podría ser peligrosa, pero no hay que tomar precauciones especiales con Lorna. Puedes actuar tranquilo.

—¿Es que existe el temor de que la maten mientras…?

—El quirófano es un lugar peligroso. Tú debes empezar a protegerla allí. Luego ya recibirás instrucciones. No olvides tu

nombre: Stuart.

—No lo olvidaré.

—Puedes marchar ahora mismo. La intervención tendrá lugar dentro de una hora.

Roland sonrió y se volvió hacia Conan, que seguía tomando notas.

—Tú siempre aburrido con tu archivo, ¿eh?

—Yo sin moverme de aquí, chico. Muerto de asco.

—Más vale estar muerto de asco que de un balazo.

Conan. Y peor es mi situación, no creas: A lo mejor me anestesio yo mismo. Hasta la vista.

—Hasta la vista, Roland. Y suerte.

Roland, siempre optimista, sin perder ni un momento su sonrisa, salió a la calle.

Eso era lo que todos consideraban más envidiable en él: Su sempiterno optimismo.

Subió al coche que tenía estacionado ante la puerta, un «MG» europeo, impecable, color blanco, y partió a buena velocidad hacia Long Island, a cuyo extremo, en uno de los parajes más tranquilos, estaba la clínica del doctor Bunsen.

No había rodado diez minutos cuando tuvo la certeza de que alguien le seguía.

Era un «Oldsmobile» último modelo, color tabaco, que había arrancado justamente detrás de él, y que no se despegaba ni cincuenta metros de su cola. Al principio lo había atribuido a la casualidad, pero ahora sabía con toda certeza que era seguido.

Dadas las alucinantes «reprises» del «MG», pudo haber dejado a su perseguidor a gran distancia, pero eso era imposible hasta encontrarse en carretera abierta. Los semáforos y los frecuentes y peligrosos cruces hacían imposible cualquier escapatoria.

Al llegar a Long Island, sin embargo, Roland lo intentó.

Necesitaba despegarse de aquellos tipos antes de que viesen que entraba en la clínica del doctor Bunsen. Las largas y poco frecuentadas carreteras de Long Island, algunas casi corladas a pico sobre el mar, eran el lugar ideal para escapar a la persecución.

Roland aceleró bruscamente al llegar al primer tramo de carretera despejada y solitaria.

Tomo una curva. El mar, tempestuoso y bronco aquella mañana,

rugía casi a sus pies.

El «Oldsmobile» seguía a poca distancia. No conseguía despegárselo.

Rolad tomó otra curva, ahora con más rapidez, y en el último segundo se dio cuenta de que el coche derrapaba. En contra de lo que solía hacer en tales casos, aplicó el pie derecho al freno, presionando hasta el fondo.

¡Y los frenos no obedecieron! ¡El coche siguió lanzado, cada vez a mayor velocidad, hacia la parte externa de la curva!

Ahogando una maldición, Roland se dio cuenta de que iba a saltar al abismo, y volvió a frenar. Pero el resultado no pudo ser más negativo.

Saltando como un corcel furioso, el precioso coche blanco dejó la carretera y fue a hundirse en las aguas del océano, veinte yardas más abajo.

El «Oldsmobile» se detuvo segundos después, y varios ojos enigmáticos, quietos, contemplaban el círculo que el «MG» había formado al hundirse en las aguas.

Luego, cuando hasta aquel círculo desapareció, el «Oldsmobile» reanudó su marcha, ahora lentamente.

TRES

El jefe de grupo Baxter contempló con el ceño fruncido cómo la poderosa grúa hacía emerger de las aguas el coche blanco, a cuyas ruedas se habían adherido ya algunas algas verdes.

Los cuatro policías que estaban con él arquearon las cejas mientras el automóvil era izado lentamente, hasta ponerse en la carretera, casi junto al lugar donde había iniciado su último y fatídico derrapaje.

Baxter gruñó:

—Lo que me imaginaba.

—¿Qué imaginaba? —preguntó uno de los agentes acercándose a él. Aquel agente era Conan, el que siempre estaba entretenido archivando notas.

—Desde el primer momento he pensado que no encontraríamos ahí el cuerpo de Roland. Con los coches descapotables siempre suele ocurrir lo mismo: el conductor sale despedido y se hunde a veces a considerable distancia. Por eso he hecho venir a los hombres rana.

Señaló a dos tipos con equipo de escafandristas que estaban aguardando junio a la orilla. Baxter les hizo unas señas, indicando con los brazos que desconocía el lugar exacto en que debían buscar, y los buceadores se lanzaron inmediatamente.

Duran le dos horas, casi tres, Baxter y sus hombres permanecieron allí, esperando los resultados. Cada veinte minutos aproximadamente los escafandristas ascendían para volver a sumergirse poco después. Cuando dieren por concluida su tarea, con las primeras sombras del anochecer, estaban ya al borde del agotamiento.

Pese a ser hombres escogidos del F.B.I., especializados en aquel trabajo, se notaba que no podían ya más, después de luchar durante dos horas con las poderosas corrientes submarinas.

Baxter preguntó:

—¿Nada?

—Nada, señor.

—¡Pero eso es imposible! ¡En algún sitio ha de estar, infiernos! ¡Los peces no han tenido tiempo de devorarlo aún!

—Pero puede que lo hayan desfigurado ya bastante.

—¡No es lo mismo! ¡Su cuerpo tenía que aparecer, fuese como fuese!

Conan gruñó:

—No podemos dejar que el cuerpo de un compañero quede para siempre en el fondo del mar. Nuestro deber es rescatarlo y darle sepultura digna. ¿Estáis seguros de que no os queda ningún sitio por investigar?

—Lo que hemos notado es que hay unas corrientes submarinas inusitadamente fuertes para esta estación —dijo uno de los escafandristas—. No tendría nada de extraño que el cadáver hubiera sido arrastrado lejos.

—Pero hemos de intentar rescatarlo —insistió Baxter—. Es nuestro deber. Voy a pedir que os releven.

El más joven de los escafandristas hizo un gesto.

—De ningún modo; eso sería tanto como llamarnos inútiles. Vamos a intentar otra vez.

Cambiaron sus depósitos de oxígeno y volvieron a sumergirse. Al cabo de veinte minutos la barca que les servía de piloto recibió una sacudida indicando que debían arrojar un gancho.

Durante unos instantes, los hombres que vigilaban la operación permanecieron casi sin respirar. El gancho fue arrojado al agua y se sumergió prontamente, pendiendo de un grueso cabo de cuerda. A los pocos minutos el tirón se repitió.

El silencio era angustioso. El aire parecía casi haberse solidificado.

Baxter masculló al fin:

—En esa zona no habían mirado aún. Seguro que han encontrado algo…

Pocos minutos más tarde la barza izaba lo que los hombres rana habían hallado en el fondo. Bastó ver cómo lo izaban para que todos se dieran cuenta de que estaba muerto y de que era el cuerpo de Roland.

Causaba una especial angustia verlo, porque los peces habían

devorado en pocas horas todas las partes descubiertas, especialmente las manos y el rostro, que no eran ya más que una irreconocible masa. Baxter hizo una seña para que se acercara la ambulancia, la cual ya estaba dispuesta a un lado de la carretera.

—No quiero verlo —dijo—. Que el médico certifique lo que le parezca en la autopsia. Yo no tengo estómago para eso.

La ambulancia se acercó lentamente, y entre las primeras sombras del anochecer los blancos camilleros adquirieron un raro aspecto de fantasmas.

Pero Baxter ya no lo miraba.

—El asunto es más importante de lo que creía —dijo Baxter mientras el automóvil rodaba lentamente para dejar atrás Long Island—. Cuando alguien se atreve a matar a un federal, es que va detrás de algo tan importante que da grima pensarlo.

—¿Cree que lo de Roland es un crimen? —preguntó Conan, que iba sentado en el asiento posterior.

—No me cabe ninguna duda.

—Pues tenía todo el aspecto de un accidente.

—El aspecto sí, pero nada más. Estoy seguro de que el análisis del coche demostrará que los conductos del líquido de frenos fueron tratados con un ácido corrosivo que los fuera destruyendo en cuestión de minutos. De ese modo, Roland pudo frenar las primeras veces, cuando aún estaba en las calles de la ciudad, pero se fue al infierno cuando realmente necesitaba que los frenos funcionasen. Claro que eso es sólo una hipótesis mía, pero no hay duda de que se verá confirmada.

—¿Quién sabía que iba a pasar por Long Island? —preguntó Conan.

—Cualquiera que supiese que iba a la clínica del doctor Bunsen.

—¿Y quién podía saber eso?

Baxter se volvió, encogiéndose de hombros.

—Diablos, si yo conociera ese dato ya estaría el caso resuelto. Lo malo es que sólo sé eso: Que se trata de un asunto importante, de un asunto de narices o más bien de narizotas. No se prepara un atentado contra un agente federal así como así. Claro que veinte millones de dólares justifican cualquier cosa.

—¿Entonces cree usted que Lorna está realmente en peligro de muerte? —siguió preguntando Conan.

—Tengo la sensación de que será asesinada muy pronto, pero le garantizo que gozará de toda nuestra protección. No será fácil llegar hasta ella…

Dejó de hablar de aquel asunto cuando llegaron a las oficinas. Baxter subió a su despacho y allí se encontró con algo que no esperaba.

Unas piernas de mujer.

Bueno, unas piernas y todo lo demás, pero eran sus extremidades de campeonato lo que más llamaba la atención en Seila Winters. Unas piernas enfundadas en inedias de excepción, terminadas en zapatos de altísimos tacones y cruzadas con la sabiduría que sólo puede conseguirse tras dos años haciendo antesala ante los despachos de los empresarios de variedades. Por lo demás, Seila Winters estaba a tono con sus piernas. Sólo sus ojos tal vez, unos ojos fríos y un poco crueles desmentían su aspecto de diosa.

Baxter apenas la miró.

Había aprendido a no dejarse impresionar por lo que las mujeres enseñan y lo que no enseñan, por lo que dicen y lo que se callan. Sus cincuenta años quizá no le servían para otra cosa, pero ya era bastante.

Una vez tras su mesa, contempló fijamente a Seila.

—Debías haberte vestido de luto —dijo con brusquedad.

—¿Por qué? ¿Ya lo han encontrado?

—Está en el depósito de cadáveres.

Seila encendió un cigarrillo con movimientos lentos y calmosos. Baxter se dio cuenta de que sus labios no temblaban. Sus dedos tampoco.

—¿Qué impresión causa el ser viuda? —preguntó brutalmente.

—Oh, no sé aún…

—No te has interesado maldita la cosa por lo que pudiera haberle ocurrido a Roland. ¡Ni esa vergüenza has tenido!

Los ojos fríos de Seila se clavaron en él.

—¿No ve que he venido aquí a pedir noticias? ¿Por qué me insulta?

—¡Tú has venido aquí sabiendo que Roland estaba muerto! ¡Lo que pudiera haberle ocurrido te importaba un comino, y sólo has venido aquí a confirmar la noticia de tu viudez! ¡Lo único que te

interesa es saber si, en calidad de viuda, podrás seguir cobrando la paga!

—Justo, Baxter —dijo ella fríamente—. ¿Cobraré la paga?

—Desgraciadamente, sí. Desgraciadamente no puedo impedirlo. Y además la paga entera, porque Roland murió en acto de servicio. Pero juro por mi madre que más valdría emplearla en comprar comida para un perro.

Seila descruzó las piernas y le miró fijamente, en actitud casi agresiva. Ahora ya no trataba de disimular lo que el federal le inspiraba: un desdén profundo, una especie de lástima, como si Baxter fuera un bicho demasiado molesto, pero al que cualquier día ella podría aplastar.

—¿Por qué se mete en lo que no le importa? —dijo—. Roland era mi marido; por tanto tengo derecho a la paga.

—Ya he dicho que desgraciadamente no puedo discutírtela.

—Roland me quería —añadió ella plañideramente.

—Se casó contigo para arrancarte del pozo en que estabas metida hasta el cogote… Te dio su nombre sólo para que no cayeras en brazos de Pulsen, para que no fueras la zorra que tú en el fondo deseabas ser —las palabras parecían atropellarse en su garganta, y al fin dio un puñetazo en la mesa—. ¡Infiernos, lo peor que podía ocurrirle a ese muchacho es que ahora caigas de veras en brazos de Pulsen, pero con paga y todo! ¡Y a lo mejor Pulsen está metido en el asunto que ha costado la vida a tu marido! ¡No creo que el Destino pudiera concebir una broma más condenada que ésa!

Seila entornó los párpados.

—¿Qué lío es ése, polizonte? ¿De qué me habla?

—Un asunto de veinte millones de dólares. Roland, tu marido, estaba metido en él. Fue su último servicio.

—¿Y Pulsen puede ir detrás de lo mismo?

—Pulsen es un cochino canalla. Siempre lo fue. En el fondo se merece una compañera como tú. Sería su mejor castigó.

Ella se puso lentamente en pie, hizo oscilar con suavidad las caderas y se arregló el pelo que le caía sobre los hombros, plegado en dos trenzas.

Infiernos, pensó Baxter, era lo que le faltaba. Aquellas trenzas de colegiala, aquel rostro fino, puro, de chica de dieciséis años. Eso y todo lo demás. Una mujer como para caer de espaldas, pero al

mismo tiempo una mujer para vaciarle un cargador entero en el cuerpo, si eso pudiera hacerse.

—Concretemos las cosas, Baxter.

La voz femenina era impersonal, lejana y metálica.

—¿Qué hemos de concretar?

—Cuando tendré el certificado de defunción, por ejemplo.

—Después de la autopsia, es decir mañana. No te digo que vayas a la diligencia de reconocimiento por respeto al muerto. A lo mejor se levanta para echarte a puntapiés.

—Guárdese su verborrea, Baxter. Lo único que conseguirá por ese camino será que el hígado se le caiga a trozos. ¿Cuándo podrá iniciarse el expediente para que yo cobre la pensión de viudedad?

—Es eso lo único que te interesa, ¿no?

—Eso no le importa, Baxter. Yo me limito a hacer una pregunta. Usted limítese a contestar.

Baxter se tragó lo que pensaba.

—Dentro de tres días —dijo roncamente—: El mes próximo ya podrás cobrar.

—Pues eso es todo lo que quería saber. Abur. Y siento que su mujer no tenga tanta suerte como yo, Baxter.

—¡Lárgate, maldita perra!

Ella hizo un suave saludo, moviendo otra vez las caderas, y abrió la puerta. Fue entonces cuando pensó que la condenada era la mujer más bonita del mundo, a pesar de todo. Fue entonces cuando tuvo que preguntar:

—Supongo que, a pesar de ser tu marido, Roland tendría el buen gusto de no tocarte. ¿O no es así?

Ella se detuvo un momento, sonriendo. Adelantó una pierna, con lo cual su figura, allí quieta, enmarcada en la puerta, fue literalmente la de una diosa.

—No me tocaba —dijo—. Él sólo se casó conmigo para arrancarme de los brazos de Pulsen, ese perro sarnoso. Lo único que quiso hacer fue una obra de caridad, pero no convertirme en su verdadera esposa. Bueno… —Se encogió suavemente de hombros—. Él se lo perdió. Lo siento.

Y cerró bruscamente la puerta.

Baxter quedó unos momentos como alucinado, mitad atónito aún por la belleza de la mujer y mitad rabioso por haber tenido que

tragarse su propia furia, al fin reaccionó.

Movió la palanquita del dictáfono.

—¿Glenn?

—Diga, señor —contestó una voz.

—Quiero que vaya al archivo. Quiero que examine a fondo una cosa. Por cierto, ¿sabe que Roland ha muerto?

La voz, al otro lado de la comunicación, se alteró.

—¿Muerto? No lo sabía, señor. Lo… lo siento.

—Hemos sacado su cadáver del agua hace pocas horas. Alguien «arregló» su coche para que se fuera al infierno en Long Island. Pero no es eso de lo que quería hablarle, sino del trabajo que ha de hacer enseguida. Averígüeme todo lo que pueda sobre los últimos movimientos de Pulsen, ese rufián al que siempre han absuelto por falta de pruebas. Quiere saber si tiene o ha tenido alguna relación con Lorna Steicker o últimamente tuvo tratos con su padre.

—De acuerdo, señor.

La investigación en los inmensos archivos duró una hora. Al fin la nota fue.

—Aseguran algunos confidentes que Pulsen fue visto últimamente rondando la casa de Lorna Steicker, poco después de quedar esta ciega. Lo probable es que Pulsen esté metido en ese asunto de los veinte millones. Metido hasta las narices, jefe.

CUATRO

La oscuridad era completa. Era una oscuridad tan espesa como lo había sido siempre, como quizá lo sería para toda la eternidad.

Lorna casi no recordaba los días en que su vida estuvo llena de luz. Habían bastado unos meses de ceguera total para que el recuerdo de las cosas se difuminara, para que tuviera la sensación de que siempre había sido ciega, de que la luz había sido apenas como una ilusión de sus días de niña.

Le temblaban los dedos, pero intentó disimularlo. Tenía que fingir una serenidad que desde el momento de la operación no sentía.

Una voz grave y serena —debía ser la del doctor Bunsen—, llegó hasta ella desde las sombras.

—Todo ha marchado satisfactoriamente, señorita Steicker —dijo aquella voz—. Por supuesto, yo no puedo garantizar los resultados de la operación hasta que transcurran unos días y le pueda ser levantado el apósito, pero mi impresión es optimista.

—¿Cuándo cree… que sucederá, eso?

—Pongamos una semana.

—¿Y… deberé estar siempre aquí?

—Por supuesto. De todos modos le hemos buscado una habitación muy alegre. Tiene unas magníficas perspectivas sobre la avenida y sobre las calles que conducen a la playa.

—Parece usted olvidar que yo no puedo ver eso, doctor.

—De acuerdo, pero ya lo verá… Después de levantado el apósito aún deberá permanecer unos días en la clínica.

—Tengo miedo, doctor.

—Lo que necesita es distraerse. Me han dicho que su gran afición es la música.

—Cierto. Me aficioné mucho a ella desde que quedé ciega.

—Voy a hacer traer a esta habitación un equipo de alta

fidelidad, y unas docenas de discos. Verá como el tiempo se le pasa sin sentir. Lo único que le pido es que tenga paciencia una semana.

—Descuide, la tendré.

—¿Necesita algo especial?

—Nada. ¿Qué voy a pedir?

—Por supuesto, y aunque usted tiene los ojos cuidadosamente vendados, esta habitación permanecerá siempre a media luz. No se mueva de esta butaca, no intente llegar al balcón porque sería peligroso. Si algo necesita, limítese a oprimir el timbre que tiene junto a la cabecera de su cama. Otra cosa.

—¿Qué, doctor?…

—Siento tener que recomendarle que no reciba muchas visitas. Lo que usted necesitará estos días es tener paz en torno suyo.

Lorna sonrió apenas.

—Desgraciadamente no tengo amistades, doctor. Mis compañeras del colegio se separaron de mí al saber quién era mi padre. Después mi accidente acabó de estropearlo todo; no tema, nadie vendrá a verme.

—En este caso lo celebro. Y ahora voy a presentarle a la señorita Marlowe, quien será su enfermera mientras dure su estancia aquí. Trate de acostumbrarse a su voz, por favor.

Miss Marlowe debía ser muy alta. Su voz pareció llegar desde la lámpara cuando dijo:

—Buenos días, señorita Steicker. Me llamo Marlowe. Vendré por lo menos una vez cada hora, pero estaré a su disposición siempre que me llame pulsando ese timbre.

Tomó la mano de la muchacha e hizo que ella tocara el timbre que estaba junto a la cabecera del lecho.

La señorita Marlowe tenía los dedos largos, inquietantes y fríos.

—Lo recordaré —dijo Lorna.

Todos fueron a alejarse, lo que se notó por un brusco rumor de zapatos en dirección a la puerta, y de pronto, al abrirse ésta. Lorna preguntó algo que nadie esperaba.

—Doctor… ¿Dónde está situada mi habitación?

—En un ala del edificio.

—¿Y… quién está en las habitaciones contiguas?

—Sólo hay una habitación contigua, señorita Steicker, pero está vacía. Vacía completamente.

Ella susurró:

—Gracias.

Pero aquella noche, cuando oyó ruidos en la habitación contigua, la habitación que le habían dicho estaba vacía, no se sorprendió.

Sabía que aquello tenía que suceder.

CINCO

Suavemente oprimió el botón que servía para llamar a *miss* Marlowe. Instantes después oía un taconeo rápido en el pasillo.

Desde que estaba ciega, el resto de sus sentidos se había, agudizado de tal modo, que era capaz de situar a una persona, e incluso calcular sus dimensiones físicas, sólo por el ruido que ésta hacía al caminar.

La puerta se abrió lentamente, y una voz preguntó:

—¿Qué desea, señorita Steicker?

Lorna se dio cuenta de que no era *miss* Marlowe. Oía su voz viniendo desde un punto situado mucho más abajo que por la mañana.

—Usted no es *miss* Marlowe —dijo rápidamente—. Sí que lo soy. ¿Por qué cree lo contrario?

La voz, desde luego, parecía la misma. Lorna se mordió suavemente el labio inferior.

—No sé, me había parecido…

—Yo soy la señorita Marlowe. Nos ha presentado esta mañana el doctor Bunsen. ¿No lo recuerda?

—Sí. Lo recuerdo perfectamente.

—Entonces.

—He oído ruido en la habitación contigua.

—¿La que está a su derecha?

—Sí, eso es.

—Pues ha debido oír mal, señorita Steicker, porque esa habitación está completamente vacía.

—¿Cómo dice?

—Siento que no pueda comprobarlo personalmente, pero así es.

—Perdón… ¿cómo sé que es usted *miss* Marlowe?

—¿Quiere que telefonee al doctor Bunsen y él mismo se lo confirmará?

Lorna se mordió de nuevo el labio inferior.

—No, no es necesario.

Se daba cuenta de que estaba a merced de sus enemigos, puesto que no podía verlos llegar. Se daba cuenta también de que había una extraña, una misteriosa conspiración para asesinarla.

Allí mismo, en la clínica.

Por lo pronto, la enfermera que ahora estaba frente a ella no podía ser *miss* Marlowe.

Ignoraba si se trataba de una mujer-policía a la que habían situado allí para protegerla en secreto o, por el contrario, era un agente de los que pensaban asesinarla.

Pero como nada averiguaría haciendo preguntas, resolvió pegar los labios.

La enfermera volvió a inquirir:

—¿De veras no necesita nada?

—No, nada… Sólo una cosa, por favor.

—Dígame. Estoy aquí para servirla.

—¿Quiere comprobar si efectivamente no hay nadie en la habitación contigua?

—Con mucho gusto. Espere unos minutos, por favor.

La enfermera salió, dejando la puerta abierta. Lorna oyó que abría otra puerta cercana, seguramente la de la habitación indicada. Al cabo de unos segundos, los pasos volvieron.

—Señorita Lorna…

—Dígame.

—Puede estar tranquila. En la habitación contigua no hay nadie.

—Pero yo he oído ruidos…

—Probablemente venían del piso inferior. Esta clínica es moderna, y ya sabe usted que los edificios de hoy son más bien frágiles y no están debidamente insonorizados.

—Sí, eso debe ser.

—Entonces, si no necesita más, me retiro.

—Puede retirarse, *miss*… Marlowe.

Si la otra notó la vacilación al pronunciar el nombre, Lorna nunca podría saberlo. Sólo escuchó que los pasos se retiraban. Luego el «tlac» suave de la puerta al cerrarse.

Permaneció unos instantes quieta, sentada en su butaca —pues aún no se había acostado—, escuchando el rumor suave del viento

en los jardines de la clínica.

Luego los ruidos en la habitación contigua se repitieron.

Lorna se mantuvo expectante, con todos los nervios en tensión, hasta que los ruidos cesaron de producirse, pero en cambio se escuchó como un leve rumor aproximándose a lo largo de la fachada.

Lorna comprendió lo que ocurría, aunque su mente se negaba a creerlo.

Alguien, desde la habitación contigua, avanzaba hasta su ventana caminando por alguna cornisa de la fachada.

Pronto llegaría allí.

Pronto empujaría los batientes, que debían estar abiertos porque ella notaba en su rostro el aire fresco de la noche.

Pensó cerrarlos, pero se dijo que no conocía la habitación y nunca llegaría a ellos con tiempo suficiente, si sólo había de guiarse por el tacto.

De todos modos lo intentó.

Avanzó lentamente, guiándose por la dirección en que soplaba el viento fresco, y llegó a tocar los postigos. Pero estuvo a punto de lanzar un grito al notar que alguien ya los empujaba desde el otro lado.

Sus manos tropezaron con otras manos fuertes, duras, crispadas, las manos de alguien que ya entraba en la habitación.

Una voz dijo:

—No grite, señorita Steicker.

Curiosamente, aquélla era una voz suave, bien modulada, parecida a las de esos locutores de radio especializados en relatos sentimentales y en papeles de galán.

—¿Quién es usted?

—Un amigo.

—¿Cómo sé que no miente? ¿Qué clase de amigo?

—Un policía.

Lorna suspiró, y de pronto fallaron sus fuerzas. Se sentía cansada, muy cansada, y le dolían los ojos como no le habían dolido nunca, igual que si ahora acabase de salir de la operación.

—¿Cómo sé que es un policía?

—Mire mi placa.

—De sobras sabe que no puedo verla.

—Pálpela, al menos. Dicen que los ciegos tienen un gran tacto.

—Yo no puedo tenerlo aún. Soy una ciega novata —dijo Lorna cruelmente.

—En ese caso tendrá que creerme. Pero le ruego que no lo compruebe llamando al director de la clínica. Nadie, excepto usted y mis jefes, puede saber que estoy aquí.

—¿Y la enfermera que ha entrado antes en la habitación? ¿Es que acaso no lo ha visto?

La voz suave y bien timbrada pareció adoptar un matiz irónico al decir:

—Ah, aquella tonta… ¡Si es medio miope! Ha abierto la puerta de la habitación, ha encendido la luz y ni siquiera se ha molestado en ver si había alguien oculto detrás de la puerta. Le prometo que he pasado un mal rato, pero en el fondo no resulta difícil esquivar a personas como esa pobre tonta.

Lorna apretó los labios.

—¿Qué pretende?

—Sólo una cosa: Evitar que la maten.

—Nadie ha dicho que vayan a hacerlo.

—Se equivoca. Se lo han dicho con perfecta claridad esta mañana, antes de la operación.

Lorna recordó al agente que la había advertido.

Sí, era cierto, y además le habían dicho que la protegería un agente especial llamado Roland, Pero Roland había muerto aquel mismo día. Lo habían asesinado, probablemente.

¿Era éste su sustituto?

¿Lo matarían también?

—¿No recuerda que la han advertido? —preguntó con suavidad el hombre que estaba frente a ella.

—Sí, me acuerdo perfectamente.

—Deseo decirle que yo estaré en la habitación contigua. —Lorna notó que él hacía un gesto—. No, no se preocupe, porque nadie lo advertirá. Si cree que corre algún peligro golpee la pared, grite, haga cualquier clase de ruido. Le aseguro que en menos de diez segundos estaré aquí, y además entraré por el sitio que sus enemigos menos puedan imaginar. —¿Saltará por la ventana?

—No es peligroso. He descubierto que hay un camino fácil de habitación a habitación.

Lorna comprendió que también debía creerle. No le quedaba otro remedio. En su situación resultaba tan fácil engañarla que cualquier comprobación resultaría contraproducente. Por otra parte, no se le ocurría en este momento qué clase de comprobación podría hacer con la identidad de aquel hombre.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Barry.

—Supongo que a determinadas horas le sustituirá algún compañero. No puede estar usted siempre de guardia.

—Por supuesto que no. Nos turnaremos un compañero y yo, alternando las noches. Él se llama Schultz. Es algo más bajito que yo, lo cual notará perfectamente por la altura a que suena la voz.

—Sí, desde luego.

Lorna notó que estrechaban su mano derecha, en un contacto cordial, cálido, casi dulce, que no había sentido en los últimos tiempos.

Musitó:

—Está bien, señor Barry. Ahora puede dejarme sola.

—No olvide que estaré vigilando.

—No lo olvidaré.

Oyó un leve susurro, como si Barry se deslizase hacia la ventana. De pronto ella tuvo como un sobresalto. Preguntó:

—¿De qué modo cree que puedan intentar matarme?

—No la entiendo.

—Estoy en un sitio muy seguro. No sé, pero me parece que ha de ser difícil matarme aquí. ¿Cómo cree que pueden intentarlo? Usted es policía y debe saberlo. Le habrán enseñado esas cosas.

Él pareció titubear.

—No puedo dar una opinión.

—Más sencillo: ¿Cómo lo haría usted?

El titubeo se acentuó.

—Imagínese que la lanzara por esta ventana.

—¿Es muy alta?

—Dos pisos. Lo suficiente para matarse. O piense que podrían ahogarla con su propia almohada, mientras estuviese dormida. También se me ocurre que podrían descerrajarle una bala con silenciador… desde la misma ventana, por ejemplo.

—Sus palabras no son demasiado alentadoras, Barry.

—Ha sido usted quien lo ha preguntado. Yo sólo intento que se dé cuenta de que son muchos los peligros que corre.

—Más valía que me hubiera estado callada, ¿no?

—Si usted conoce los procedimientos que existen para matarla, podrá evitarlos más fácilmente. Recuerde: un solo grito y yo me situaré aquí.

Lorna asintió en silencio, con todos los nervios en tensión, mientras oía el suave ruido que producía el hombre al deslizarse por la ventana como un gato.

SEIS

El hombre entró en la habitación contigua. Venía ligeramente sudoroso, a pesar de que la noche era más bien fresca.

Dentro de la habitación, la luz estaba encendida. Había dos personas allí, una de las cuales era una mujer.

Una mujer de mediana estatura, vestida de enfermera, que se había sentado, o más bien tumbado encima de un sillón, y descansaba los pies sobre una mesita. La exhibición de piernas que hacía en aquella postura resultaba impresionante, aunque más bien las piernas eran deslucidas por las feas medias blancas que las enfermeras se ven obligadas a usar.

La otra persona que se hallaba en la habitación era un hombre. Tendría unos treinta años y no era tan alto como el que acababa de entrar. Vestía elegantemente, pero con una elegancia más bien afectada. Si bien dirigía miradas de reojo hacia la enfermera, su atención estaba presa por la figura del recién venido.

Éste susurró:

—Bueno, la chica está difícil… Mucho más difícil de lo que yo creía.

—¿Qué le has dicho?

—Lo único que podía decirle en este caso. Concretamente lo que ella esperaba. Más o menos: «Mire, señorita Steicker, soy un gran policía, un agente especial que dará su vida por defenderla».

El otro ahogó una carcajada.

—No hagas ruido, imbécil. Ahora sabe que hay alguien en esta habitación, pero no conviene que oiga risas.

—¿Te ha creído?

—No sé, me ha dado la sensación de que desconfiaba. Ya te he dicho que está muy difícil.

—La misma impresión he tenido yo —dijo la enfermera—. Sólo al abrir yo la puerta, ella ya ha notado enseguida que no estaba

ante la Marlowe.

Descabalgó las piernas y susurró:

—Va a ser complicado. Más de lo que creíamos…

—¿Qué has hecho con la Marlowe?

—La Marlowe es buena chica. Ya sabes que somos muy amigas. Cuando he ido a visitarla y le he puesto el somnífero en el *whisky* que se está atizando a todas horas, ya sabía que las cosas marcharían bien. Con los ojos cerrados, me ha pedido casi de rodillas que la sustituyese sin que lo supiera nadie, porque de lo contrario la despedirían.

—Pero mañana estará bien…

La enfermera sonrió.

—Desde luego, aunque dudo que vuelva más. He hecho que «por casualidad», el director se enterase de que ella estaba borracha y no había venido a ocupar su puesto.

Cambió de postura y preguntó:

—¿Cuál es tu plan, Pulsen?

El nombre de Pulsen pareció tener extrañas resonancias en la habitación. Todos pensaron lo mismo: que si algún jefe de policía supiera que Pulsen estaba allí, a dos pasos de su víctima, se tiraría desde la ventana de un séptimo piso.

Por eso Pulsen, el hombre que poco antes había entrado en la habitación de Lorna, sonreía.

—Debe morir —susurró—. Pero antes, como es natural, intentaremos que su muerte nos sea útil.

—¿Tú crees que ella sabe dónde están los veinte millones de dólares en joyas?

Pulsen dijo con suavidad:

—No eran veinte millones. No lo han sido nunca. A mí, la verdad, siempre me ha parecido fantástica esa cifra, porque el granuja de Steicker los ganó sin duda, pero también gastó mucho y no pudo ahorrarlos. Posiblemente sean doce, catorce millones en brillantes. Pero la cifra continúa siendo lo bastante fabulosa para arriesgarse a cualquier jugada.

—¿Pero opinas que ella sabe dónde están?

La voz de la enfermera era casi ansiosa. Pulsen dio un par de pasos y murmuró:

—Debe saberlo. Era la única persona en la que el cerdo de su

padre pudo depositar confianza. Desde luego, admito que lo ignore, pero existen las máximas posibilidades de que conozca el secreto. Sólo hay un camino para que hable: aterrorizarla.

Hacer que se sienta sola, acorralada y enloquecida. Si no es así, no dirá nada. Pero, si se siente sola, puede que consigamos llegar a un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Que nos diga dónde están los brillantes, y repartimos el producto de la venta a partes iguales.

El otro hombre arqueó una ceja.

—¿Harías eso?…

—Por supuesto que no. Ella no llegaría a cobrar nunca. Pero no me negaréis que es un trato aceptable.

La enfermera volvió a apoyar los pies en la mesa, cansada, y se relajó por completo.

Si esperaba que la atención de los dos hombres quedara inmediatamente prendida por el encanto de sus piernas, se llevó un desengaño, porque ellos apenas la miraron. Y es qué la mujer no podía darse cuenta de que su postura era demasiado vulgar, de que había en ella un abandono que no podía excitar el instinto dormido de los hombres.

Pulsen continuó:

—Tú, Schultz, le hablarás mañana.

El otro hombre se tensó. Pulsen dijo, señalándole con el dedo:

—Le he dado tu verdadero nombre. Le he dicho que Schultz es el policía que ha de sustituirme mientras yo descanso. Pero, como aún no conoce tu voz te presentarás mañana por la mañana. Serás un visitante cualquiera, un viejo amigo de su familia, por ejemplo, o alguien que quiere darle un recado importante. Y en verdad es importante lo que le vas a decir: O se aviene a un acuerdo del cincuenta-cincuenta, o no saldrá viva de aquí. Luego te retiras muy dignamente, sin darle tiempo a que reaccione. Conviene que la cosa se vaya cociendo a solas. Le das como plazo para decidirse hasta la medianoche.

Hizo una pausa y añadió:

—A medianoche volverás.

—¿Y qué?

—No habrá peligro, porque ésta —señaló a la enfermera—,

vigilará en el pasillo. —Si te da una respuesta negativa, sales muy dignamente. No profieras ni una sola amenaza más. Aquella misma noche Lorna pasará la Gran Barrera.

—Pero perderemos todas las pistas… Será como matar la gallina da los huevos de oro, si vale la comparación. Jamás encontraremos los brillantes.

—Los encontraremos igualmente, aunque con muchas más dificultades, pero al menos habremos eliminado a una peligrosa rival. A la única persona que podía disputárnoslos.

La enfermera dijo:

—La verdad es que quizá exageres. La chica me parece desconfiada, pero de ningún modo peligrosa.

—Mejor es así.

—¿Cómo pensarías acabar con ella?

Pulsen sonrió suavemente:

—¿No eres tú la que tiene que aplicarle la inyección calmante mañana, alrededor de la medianoche?

SIETE

Habían transcurrido veinticuatro horas.

Nuevamente la clínica del doctor Bunsen estaba cubierta por las sombras. Sus paredes blancas, sólo iluminadas aquí y allá por las luces más indispensables, destacaban entre los árboles del enorme jardín y parecían proteger la ruta que llevaba hasta la playa.

La mayor parte de las habitaciones estaban sumidas en sombras, porque los pacientes descansaban ya. Sólo había luces claramente encendidas en los departamentos de los médicos de guardia y en un quirófano donde se estaba trabajando a aquella hora. También había luz en otra habitación, pero ésta no era visible a causa de la persiana, completamente bajada.

Dentro de aquella habitación había dos hombres y una mujer.

Uno de los hombres era Pulsen, el otro Schultz. La mujer era la que sustituía a la enfermera Marlowe.

Pulsen la estaba interrogando en estos momentos.

—¿Qué actitud ha guardado esa imbécil? ¿Qué ha hecho durante todo el día?

—Nada. Estar quieta y con los ojos cerrados. Para mí que daba vueltas y vueltas en la cabeza a una misma idea.

Pulsen se volvió ahora hacia Schultz.

—Tú le has hablado…

—Sí; esta mañana, como convinimos. Esperaba que vinieses para explicarte bien lo que había ocurrido.

Pulsen no intentaba disimular su ansiedad.

—Uno tiene que moverse con precaución en estos lugares. Entro siempre vestido con la bata blanca de uno de los ayudantes, pero he de esperar mi oportunidad. ¿Qué ha contestado ella?

—La verdad es que no me ha parecido tan asustada como yo creía. Esa chica tiene temple.

—¿Pero se ha dado cuenta de que no bromeabas? ¿Ha visto

claramente que si no hablaba acabaríamos con ella?

—Sabes como actúo, Pulsen. Sabes que, oyendo mi voz, uno ya se da cuenta de que no bromeo. O yo soy idiota, o esa chica ha sentido ya el escalofrío de la muerte.

—Pero no lo ha demostrado.

Schultz se encogió de hombros.

—Yo diría que no, aunque eso es muy difícil de precisar en una persona a quien no ves los ojos. Con la cara medio vendada es muy fácil tener expresión de esfinge. Quizá está aterrorizada y ha decidido hablar, al fin y al cabo.

—¿Qué deberá hacer ella para hablar? ¿Cuáles han sido tus instrucciones?

—Le he indicado que descolgara el teléfono y pidiera comunicación con la habitación número 25, es decir ésta. Pero siempre antes de las doce de esta noche.

Pulsen consultó su reloj. Eran las doce y cinco.

—Nos estás haciendo correr un peligro innecesario, Schultz —dijo lentamente—. Ella puede haber avisado a la policía y decir que en la habitación número 25 hay alguien que la amenaza de muerte.

—No —rió la enfermera—. Hay una pequeña centralita en cada piso, y yo soy la encargada de atender las llamadas de éste.

En aquel momento, como si las palabras hubieran sido una señal, se oyó un zumbido al fondo del pasillo.

La enfermera se puso en pie.

—Piden comunicación. Voy allá.

Segundos más tarde sonaba el teléfono en la habitación donde habían quedado solos los dos hombres. La comunicación pedida era para ellos; es decir, Lorna iba a darles una respuesta.

Pulsen hizo una seña a Schultz para que descolgara. Éste obedeció, sin poder ocultar su ansiedad.

—Dígame —susurró.

La voz, al otro lado del hilo, sonó suave, pero firme.

—Soy Lorna Steicker.

—Esperaba su llamada.

—Pues lamento que tenga que seguir esperando por toda la eternidad, porque no voy a darle ninguna respuesta satisfactoria. Para la proposición que usted me ha hecho esta mañana sólo tengo una respuesta: «No».

Schultz quedó un momento paralizado, más que por la respuesta negativa, por la seguridad con que ésta había sido pronunciada.

Pero enseguida reaccionó.

—Usted lo habrá querido —dijo, colgando el teléfono rabiosamente.

Se volvió lentamente hacia Pulsen, con las facciones muy pálidas.

En aquel momento entraba también la enfermera que debía haber escuchado toda la conversación desde la centralita. Sus facciones estaban pálidas igualmente.

—No lo entiendo —dijo.

—¿Qué es lo que no entendéis?

Los dientes de Pulsen rechinaban al hablar.

Sin embargo todo eran susurros, voces suaves que no pudieran oírse desde la habitación contigua.

—Esa chica está sola, espantosamente sola —dijo la enfermera —. Se encuentra, ¿cómo diría yo?, se encuentra hundida en un pozo de silencio. Sabe que nadie puede sacarla de allí excepto nosotros. Sabe también que, si llama a la policía, nosotros la eliminaremos antes de que la policía llegue. Es increíble que aún así se atreva a desafiarnos.

—Esas cosas se heredan —musitó Pulsen.

—¿Qué quieres decir?

—Su padre se había acostumbrado a desafiar siempre a todo el mundo. No se arredraba. Su lema era: «No te asustes y así darás tiempo a que se asusten los otros». Luchó como una fiera acorralada hasta que le vaciaron un cargador entero en el pecho. Pienso si su hija habrá salido igual.

—No parece probable, en una chica que se ha pasado la vida metida en un colegio.

—Esas cosas no dependen de la educación. Están en la sangre.

—Muy bien; en tal caso peor para ella. Su padre acabó con el cuerpo cosido a balazos, y ella morirá envenenada. A veces es una virtud ser terco, pero hay que saber frenar a tiempo.

Hizo una seña a la mujer.

—¿Lo tienes todo preparado?

—Sí. No me queda más que aplicarle la inyección Ella sabe que a esta hora se le tiene que aplicar un calmante. No distinguirá el

color del inyectable.

—¿Te has asegurado bien, al elegir el veneno, para que luego no tengas complicaciones?

—Por supuesto que sí. Yo sería la responsable si llegaran a notar algo sospechoso. Pero este veneno, que es de efectos lentos, produce parálisis cardiaca, y el aspecto del cadáver es el típico de alguien a quien ha fallado el corazón. Desde luego podrían encontrar los restos del veneno al hacer la autopsia, pero yo sé cómo es el doctor Bunsen. Jamás querrá admitir que ha ocurrido algo sospechoso en su clínica. Se limitará a echar tierra al asunto y a procurar que no se hagan comentarios, porque cualquier rumor dañaría su prestigio. No… Yo sé bien en qué terreno me muevo.

Pulsen señaló la puerta.

—En tal caso, hazlo ahora mismo. Ya ha pasado el plazo.

La enfermera se puso en pie.

Lorna estaba quieta sobre el lecho, con la cara, hacia el techo, y su inmovilidad era tanta que por unos instantes la enfermera, al entrar, tuvo la sensación de que estaba muerta.

Pero Lorna, al oír el ruido de la puerta, giró la cabeza suavemente.

—Ah, es usted…

—Sí, señorita Steicker. Es la hora de su calmante.

Lorna, cuyos ojos vendados le daban un aspecto casi irreal, sonrió.

—Gracias. He…

—¿Qué?

—… he decidido que no me la ponga.

La enfermera abrió la boca y estuvo a punto de lanzar un grito.

—¿Cómo?

—No hace falta que se moleste. Voy notando que me duermo poco a poco, y en ese caso no hacen falta los calmantes, ¿verdad?

—Pero… ¡pero es una orden del doctor!

—No ocurrirá nada porque no la cumpla durante una noche.

Si Lorna hubiese podido ver las facciones de la enfermera se habría sobresaltado, pero sus ojos vendados se lo impedían. De todos modos notó claramente el cambio en la voz de la mujer.

—Yo tengo que seguir escrupulosamente las indicaciones del doctor, le guste a usted o no.

—Y yo soy muy libre de no aceptar un medicamento que creo que no me conviene. ¿Dónde está *miss* Marlowe?

—¿Qué dice?

—He hecho una pregunta muy sencilla: Quiero saber dónde está *miss* Marlowe.

—Se encuentra indispuesta y yo la sustituyo. Pero soy igualmente enfermera titular. Puedo ofrecerle las mismas garantías.

—No quiero que me aplique el calmante ahora. La voz de la enfermera aún se hizo más ronca. —¿Es que… tiene desconfianza?

—En mis condiciones sí. Me han amenazado de muerte.

—¿Qué dice?

—No puedo darle explicaciones ahora, aunque quizá eso me aliviaría. Pero debe creerme si le digo que me han amenazado de muerte. En esta situación, todas las precauciones que yo deba temer son pocas. No haré nada ni dejaré que me hagan nada mientras no estén delante el doctor Bunsen o la señorita Marlowe, que fue la enfermera que él mismo me designó.

—Está usted loca.

—No tiene derecho a decir eso. Quisiera saber lo que haría usted misma en mi situación.

—¿Por qué no avisa a la policía, si de verdad está tan convencida de lo que dice?

—Porque quizá eso precipitaría los acontecimientos. ¿No comprende que los que me han amenazado podrían ver llegar a los agentes, y actuar antes de que éstos intervinieran?

—Yo sólo comprendo que está usted diciendo tonterías, señorita Steicker. ¿Quiere que avise yo? Puedo hacerlo con la máxima discreción.

—Le ruego que no se ofenda, pero tampoco puedo fiarme de usted.

La enfermera hizo un gesto de rabia y de impotencia a un tiempo. Se sintió ridícula, quieta allí con un inyectable que podría causar la muerte y sin embargo casi a merced de una mujer ciega y obstinada. Por un momento pensó en inyectarle a la fuerza, pero enseguida pensó que quizá ella gritaría.

Estaba sumida en esta duda, cuando de repente Lorna preguntó:

—¿Qué habitación es ésta?

—La…

Iba a decir la 24, pero enseguida pensó que ella se daría cuenta entonces de que estaba al lado de la 25. Como había sido transportada allí después de la operación, la muchacha ignoraba completamente en qué habitación se encontraba ahora.

Por eso la enfermera dijo:

—Es la diecisiete.

—Entonces voy a revelarle algo, creyendo que puedo confiar en usted.

—¿Qué tiene que revelarme?

—En la habitación 25 está el hombre que me ha amenazado.

—No diga tonterías. La habitación 25 está casi al otro lado del edificio.

—No tiene importancia. Me ha hablado por teléfono, o mejor, acabo de hablar yo con él.

La enfermera apretó los labios.

—Pienso darle una prueba de que puede usted confiar absolutamente en mí, señorita Steicker.

—¿Qué prueba?

—Voy a avisar inmediatamente a los médicos de guardia, algunos de los cuales son fuertes y combativos, para que vean qué es lo que hay en la habitación número 25.

—No es necesario. Se me ocurre una idea mejor.

—¿Cuál?

—Ésta es la segunda parte de mi secreto. Espero que usted no me traicione, aunque la verdad es que tampoco ganaría nada traicionándome. La habitación contigua a ésta debe ser la 18, ¿verdad?

—Sí… Claro…

—Pues en la habitación 18 se halla siempre de guardia un agente federal que tiene por misión protegerme. Es un agente federal y no un policía de la Metropolitana, porque mi padre, a quien usted quizá oyó nombrar, cometió una serie de delitos federales con los que, de un modo u otro, quieren relacionarme a mí. Bueno, en cierto modo es eso lo que yo imagino, no me haga demasiado caso. Lo cierto es que en la habitación contigua hay alguien que me protegerá.

La enfermera estuvo a punto de lanzar una carcajada, al ver la ingenuidad de Lorna. Nunca hubiese imaginado que aquello fuera

tan fácil, tan espantosamente fácil. Por un momento había llegado a creer que todo fracasaría, y ahora se daba cuenta de que, en el fondo, era un juego de niños.

—: ¿Y cómo quiere que avise a los de la habitación contigua? —preguntó, dominando a duras penas su alegría.

—Bastará que golpee el tabique un par de veces.

—¿Cómo llegarán hasta aquí?

—Usted no se preocupe de eso; por favor, obedezca.

La enfermera se acercó a la pared.

—Todo esto no parece muy reglamentario, pero en fin…

Golpeó dos veces con la palma de la mano.

—¿Y ahora qué?

—Espere.

Transcurrieron un par de minutos, y al término de ellos se presentó Schultz en la habitación, entrando a través de la ventana. Durante unos segundos quedó como paralizado al ver allí a la enfermera con la jeringuilla todavía en_ la mano, pero su sonrisa le convenció de que todo marchaba bien. Preocupándose de disimular la voz, preguntó:

—¿Qué ocurre, señorita Steicker?

—Quieren aplicarme un calmante.

—¿Y qué? No veo que ello tenga nada de particular. Conozco a esta enfermera; tenemos controlado a todo el personal sanitario de este piso, pero me permito indicarle que ha hecho mal en llamarme. Este asunto tenía que permanecer en secreto dentro de lo pasible.

—Le he llamado porque tengo confianza en usted.

Schultz miró a la enfermera, y luego sus labios se separaron en una sonrisa. Le fue verdaderamente difícil contenerse para no lanzar una carcajada.

—Claro que puede tener confianza.

—Le suplico que me dé la mano mientras me ponen la inyección. Y fíjese bien en sus efectos, por favor. Si nota algo raro, ordene inmediatamente que dejen de dármela.

Schultz se acercó sonriendo.

—Es usted una niña, Lorna, una verdadera niña.

Y Schultz no bromeaba, ésa es la verdad. Ni matar a una niña hubiera resultado tan fácil.

Además, dando la mano a Lorna, la tenía inmovilizada.

Se la estrechó con fuerza, con mucha fuerza, mientras la enfermera limpiaba con alcohol la parte superior del brazo izquierdo.

—Ya verá, no le hará daño…

—No se trata de eso. Me han dado muchas inyecciones, muchas… Es que por primera vez tengo miedo…

Schultz musitó:

—Se trata de un calmante como el que otras veces me han dado a mí. Lo conozco perfectamente.

—De acuerdo… Perdonen… tanta molestia…

—Muy bien —dijo la enfermera, tensando sus facciones ante el momento decisivo—. Ahora estese quieta, muy quieta.

Fue a clavar la aguja, pero en ese momento la muchacha lanzó un grito, un grito agudísimo, que pareció resonar en toda la clínica, e inmediatamente perdió el sentido.

OCHO

Barklam, el agente que había visitado a Lorna minutos antes de que la transportaran al quirófano, entró en el despacho de Baxter, jefe de grupo, y se sentó parsimoniosamente, mientras dirigía un distraído saludo a Conan, que continuaba revisando fichas.

—Hola, Baxter.

—Hola, Barklam.

—¿Has podido averiguar algo más sobre ese maldito asunto de Steicker? ¿Han terminado tus contables de revisar sus libros?

—Sí, y ahora justamente estaba Conan compulsando los últimos resultados. Hemos llegado a la conclusión de que nos precipitamos al suponer que Steicker había conseguido ahorrar veinte millones de dólares. Por lo visto en sus libros de contabilidad secreta, que nuestros hombres pudieron conseguir hace poco, su fortuna debía ser de unos ocho millones. De todos modos es un bocado para que se muevan hasta los tiburones como Pulsen. Por cierto, ¿qué se sabe de ese tipo?

Barklam se encogió de hombros.

—Paradero desconocido. Nadie da con él. Esto me hacer temer que está preparando algo.

—Deberíamos encontrarle, o acabará volviéndonos locos. Por cierto, he averiguado otra cosa, Barklam. Parte de la fortuna de Steicker estaba en acciones de Sociedades que podrán ser intervenidas, pero el grueso se hallaba invertido en brillantes. Sobre todo en un brillante, uno solo, una pieza única que valía una fortuna casi incalculable. Tan valioso es que resultaría difícil venderlo, pero de ningún modo imposible. Y la cabeza me da vueltas pensando en lo que pueden pagar por él. ¿Sabes? Voy a hacerme asesorar por los expertos joyeros. Pero lo más importante es encontrar a ese maldito Pulsen.

—Supongo que habrás hecho vigilar la clínica.

—Por supuesto, aunque no se ve nada anormal; nadie entra en la habitación de Lorna Steicker, a no ser la enfermera. Uno de nuestros hombres se ha pasado todo el día engrasando los ascensores, pero en realidad vigilando como un perro dogo.

—De todos modos no estaré tranquilo hasta que encontremos a Pulsen.

—No creo que se atreva a acercarse a la clínica. Pero haz una cosa, Barklam. ¿Por qué no visitas a la chica a ver cómo se encuentra? Quizá ella haya observado algo, quizá pueda decirte alguna cosa…

Barklam se puso en pie.

—Justamente estaba pensando en eso, Baxter. Voy ahora mismo.

NUEVE

Cuando Lorna lanzó el grito, las dos personas que estaban junto a ella quedaron paralizadas.

Estaban seguras de que habría sido oído desde las otras habitaciones y de que alguien acudiría sin duda alguna.

Schultz masculló:

—¡Clávale la aguja de una vez! ¡Acaba pronto! ¡Ahora la maldita está sin sentido!

—No me atrevo. ¡Ese grito habrá llamado la atención! ¡Ahora sí que investigarán, en cuanto la vean muerta sin razón alguna!

Precisamente se oían ya pasos al fondo del pasillo. La enfermera notó que nacían en su frente gruesas gotas de sudor.

La víctima estaba a su merced, desmadejada sobre el lecho, y acabar con ella era más fácil que nunca. Pero matarla ahora, sería no tener cabeza, echar por tierra todo el plan previamente calculado.

Schultz apretaba los puños.

—¿Pero qué le habrá ocurrido a esa maldita?

—Un ataque de nervios. Eso es fácil. Ha estado sometida a una tensión horrible, aunque no nos hayamos dado cuenta.

Los pasos estaban ya más cerca. La enfermera pidió con voz silbante:

—¡Vete de aquí, Schultz! ¡No compliques más las cosas! ¡Lárgate y ya encontraremos otro momento para acabar con ella!

Schultz no tuvo más remedio que obedecer. Comprendió que, si le encontraban allí, todo estaría perdido.

Se deslizó por la ventana como un gato justo en el momento en que la puerta se abría.

Uno de los médicos de turno se precipitó en la habitación.

—¿Qué ocurre? ¿Es ésta la paciente que ha gritado?

—Sí —dijo la enfermera, recobrado su aplomo—, pero no le

sucede nada de particular. Es un «*shock*» nervioso.

—Pues ha gritado como si le arrancaran la piel.

—Usted mismo verá que no le ocurre nada. Respira casi normalmente. ¿Quiere comprobarlo y decidir si se le aplica algún tratamiento?

El médico se inclinó sobre Lorna.

Ésta respiraba con normalidad, aunque quizá con un ritmo demasiado rápido y el estetoscopio reveló que los latidos del corazón eran normales.

De pronto el médico alzó la cabeza.

—¿Qué iba usted a aplicarle?

—Un… un somnífero.

Le bastaría olerlo para, acto seguido, descolgar el teléfono y llamar inmediatamente a la policía.

Pero la enfermera tuvo una suerte que quizá no se le volvería a repetir más, porque el médico no se fijó en la jeringuilla. Sus ojos pasaron distraídamente por ésta, sin detenerse y acabaron clavados en su rostro.

—¿Qué le sucede?

—No… no lo sé. Es… estoy asustada, doctor. ¿Y si fuera grave?

—Diantre, las mujeres son todas unas estúpidas, y perdone que hable así. Hace un minuto estaba usted misma diciéndome que no era nada y ahora parece como si fuera a desmayarse. Está bien, no debe asustarse. Todo en la chica parece normal, de modo que se recuperará enseguida.

La enfermera puso febrilmente la jeringuilla en uno de los bolsillos de su bata.

—No sabe lo que me tranquiliza, doctor.

—Déjela sola durante el resto de la noche, aunque echándole un vistazo cada hora. Lo que esta chica necesita es reposo. ¿No sabe usted lo que sucedió en la operación?

—No… No, doctor…

—Estaba peor de lo que parecía. Podrá ver con un ojo, pero el otro hubo que… hubo que extirparlo.

La enfermera se llevó una mano a los labios.

—Tan joven y… y…

—¿Qué le vamos a hacer? El accidente que tuvo fue de los graves, y dejarla como estaba hubiera sido muchísimo peor.

Además, ahora hay ojos artificiales casi perfectos.

Movió la cabeza.

—¿Sabe lo que voy a hacer?

—Diga, doctor.

—La chica me da lástima, y sentiría infinitamente que le ocurriera algo. Por eso, por si grita otra vez o tiene otra crisis, voy a estar cerca de ella.

La enfermera no sabía a dónde quería ir el médico a parar, pero por el momento aquellas palabras no la inquietaron en absoluto.

Hasta que su corazón pareció paralizarse al oírle decir:

—Me quedaré descansando en la habitación contigua.

—Pero, doctor.

—¿Ocurre algo?

—Sabe perfectamente que la habitación contigua está vacía.

—Por eso mismo. No sólo no molestaré a nadie, sino que si Lorna grita o simplemente gime la oiré enseguida.

—Pero no sé si el doctor Bunsen querrá.

El médico hizo un gesto de impaciencia.

—Señorita, permítame decirle que está usted muy rara esta noche. La responsabilidad de lo que ocurre en este piso la llevo yo, no usted. Por tanto voy a instalarme en la habitación contigua.

Sin una palabra más, abrió la puerta y salió al exterior. El rostro de la enfermera, completamente congestionado, revelaba una ira y una confusión demoníacas. Salió al pasillo corriendo y quiso ponerse delante de la otra puerta, pero el médico la apartó de un empujón.

—¿Qué hace, estúpida?

De pronto, al abrir la puerta, quedó paralizado.

Sus ojos se posaron, en aquellos rostros fríos, herméticos, que le observaban desde el interior de una pieza que él creía vacía.

—Pero… —balbució.

Pulsen dijo con voz metálica:

—No te preocupes, muchacha. Él se lo ha buscado.

Sonó un taponazo, y antes de caer el médico miró con ojos de alucinado el revólver chato, pero provisto de un largo silenciador, que rebrillaba en las manos del hombre que acababa de hablar.

Ni siquiera exhaló un gemido. La bala le había atravesado tan limpiamente el corazón, que por el momento no brotó una gota de

sangre.

El mismo Pulsen lo recogió, para que no hiciera ruido al caer.

Sus facciones eran las de una estatua; no movía un músculo. Su serenidad pasmosa, que le había dado un lugar preeminente en el mundo del hampa, se estaba ahora poniendo a prueba. Con voz perfectamente fría pidió a Schultz que le ayudase.

—Vamos a tenderlo en la cama.

Schultz obedeció. Cuando lo dejaron, Schultz tenía una línea de sangre en el dedo corazón de la mano derecha.

—¿Cómo te has podido manchar? ¡Si el cadáver no sangra!

—No, esta mancha ya la tenía antes. Se ve que me he pinchado con algo, pero no sé exactamente con qué.

—Bueno, eso no tiene importancia ahora. Vais a ayudarme a sacar este paquete de aquí.

La enfermera, con las facciones desencajadas y bañadas en sudor, preguntó:

—¿Qué… piensas hacer?

—Voy a bajar vestido con su propia bata blanca. Nadie me detendrá.

—¿Y… luego?

—Ahora no habrá nadie en este lado del edificio. Debajo de esta ventana existe un toldo, ¿no?

—En efecto —musitó Schultz.

—Yo arrimaré mi coche todo lo posible. Entonces os haré una seña y arrojáis el cadáver por la ventana; ya veis que la cosa no puede ser más sencilla. Como el toldo amortiguará mucho la caída vendrá a mis brazos suavemente. Lo cargaré en el coche y ya me preocuparé luego de hacerlo desaparecer.

Schultz susurró:

—No hay nada que te ponga nervioso, Pulsen. Tú tienes esa suerte.

—Y vosotros tenéis la desgracia de que cualquier cosa os asusta. Andando, quitadle la bata antes de que se manche de sangre. En cuanto a la chica, no voy a gastar finuras con ella. Esta misma noche le descerrajo una bala y luego desaparecemos.

—Pero yo… —susurró la enfermera.

—Cuando tengamos los brillantes, tú también dejarás este cochino oficio. No tiene importancia si lo dejas un poco antes.

Se vistió la bata y salió al corredor, caminando con la serena gravedad de un auténtico médico de guardia. Instantes después sus dos cómplices oían abajo el motor de un coche, y se asomaban a la ventana.

Pulsen les hizo desde abajo una seña. No se veía a nadie más.

Todo el mundo sabe, y los policías especialmente, que el crimen perfecto es siempre el más simple. Cuanto menos complicado y más elemental sea un crimen, menos probabilidades existen de que la policía de con el culpable. Por eso el lanzar un cadáver por la ventana de una manera tan olímpica era, paradójicamente, lo más seguro que podían hacer. Y, en efecto, el cuerpo del médico se deslizó suavemente por el toldo, sin hacer el menor ruido, y los brazos atléticos de Pulsen lo recogieron un poco más abajo.

Lo cargó en su coche, que estaba a dos pasos, y cerró la portezuela. Antes de entrar él mismo en el coche, aspiró el aire quieto. Todo estaba en silencio, todo estaba en calma. Existían noventa y nueve probabilidades contra una de que nadie le hubiera visto.

Puso el motor en marcha y se alejó de allí.

Condujo a poca velocidad por las entonces desiertas carreteras de Long Island, buscando un lugar lo bastante bueno para lanzar el cadáver al agua. Sabía que él único peligro que corría estaba en que le detuviese un motorista de tráfico, pero yendo a poca velocidad y con las luces reglamentarias, no existía razón para ello.

En efecto, nadie le detuvo.

Frenó el coche con suavidad en un punto escarpado, justo allí donde el agente Roland había saltado al agua poco antes. Un salto muy bonito… para no reaparecer.

Rió en silencio pensando que él mismo había tratado con ácido los conductos del líquido de frenos, para que éstos dejaran de funcionar poco después de ponerse el automóvil en marcha.

Desde que él empezó a manejar los grupos ejecutivos de los *gangs* a todo lo largo y ancho del país, hubo de tropezarse repetidas veces con Roland. Roland era incansable, era listo como el diablo y no tenía miedo a la muerte. Los dos, además, se habían disputado la misma mujer. Pero ahora la mujer, Seila, estaba viva, y Roland estaba muerto.

Tendría que hacer pronto una visita a la joven viuda. Seguro que

sería muy interesante.

De pronto sus nervios se tensaron.

Un, coche acababa de pasar raudo junto a él, con la luz interior encendida, y al resplandor de esa luz le había parecido que lo conducía el agente Barklam. Seguro que iba a la clínica.

Muy bien. Peor para él, porque no encontraría maldita la cosa.

El coche pasó como una exhalación, y entonces Pulsen descendió del suyo, fue a dar la vuelta al vehículo y de pronto quedó paralizado.

Un hombre estaba ante él, como brotado de la misma carretera. Un hombre alto, fuerte, y cuya mirada hipnótica parecía taladrarle el rostro a pesar de la oscuridad.

Pulsen lanzó una maldición, mientras llevaba la mano a su funda sobaquera, en un veloz movimiento.

—No hagas tonterías, Pulsen.

—¡Maldi…!

—Sabes que en el F.B.I. muchas veces disparamos primero y preguntamos después. ¡Quieto!

—¡No podréis conmigo!

Pulsen se lanzó a tierra, con una agilidad endiablada, y dio dos vueltas sobre el asfalto, hacienda fuego en una de ellas, casi en una postura inverosímil. Sonó apenas un taponazo, porque el revólver seguía llevando acoplado el silenciador, pero la bala se perdió en el aire quieto de la noche.

El federal que estaba frente a Pulsen disparó también, aunque sin mejor resultado a causa de la movilidad terrible de su enemigo.

En verdad, Pulsen parecía una serpiente. Menos de diez segundos después ya estaba en posición difícilmente batible, parapetado tras el coche.

—¡No me atraparéis!

—¡Ríndete, Pulsen! ¡Nadie ha dicho que tengas que ir a la silla eléctrica! ¡Puedes salir con una pena menor! ¡Sé razonable!

—¡Calla, imbécil!

Disparó otra vez y arrancó cabellos de la cabeza del federal, que hubo de arrojarse a tierra.

Pulsen sabía que no podía rendirse. No sólo estaba a dos pasos de conseguir una fabulosa fortuna, sino que, llevando un muerto en el coche, estaba perdido si le atrapaban. Necesitaba huir… o morir.

Hizo un tercer disparo, mientras el federal, en un fantástico salto, se encaramaba al techo del vehículo.

Pulsen disparó desde abajo, a través de la ventanilla, perforando el mismo techo, pero no alcanzó a su rival. Y de pronto lanzó un grito al ver aparecer a éste por encima de su cabeza.

Los dos dispararon a la vez. Pulsen sintió un brusco arañazo en la cara, muy cerca de los ojos, y mientras gritaba una y otra vez siguió disparando, disparando…

DIEZ

La enfermera paseaba de un lado a otro de su apartamento, frotándose las manos nerviosamente. Parecía a punto de sufrir un ataque de nervios.

Consultaba su reloj una y cien veces. Eran las once y todo estaba en calma en la clínica, pero la tensión nerviosa se le había hecho tan insoportable que varias veces estuvo a punto de gritar.

Pulsen no había aparecido desde la noche anterior, y la enfermera seguía igual. Pero mientras tanto habían sucedido cosas, cosas inesperadas y graves.

Repentinamente alguien abrió la puerta.

Era el conserje de noche. Le ofreció, sonriendo la última edición de un periódico nocturno.

—Tome. Usted lo había pedido antes, ¿no?

La enfermera casi se abalanzó sobre el papel.

—Sí. ¿Cómo ha tardado tanto?

—Me lo han traído muy tarde, pero es que antes le he echado un vistazo. Curiosidad, ¿sabe? Quería enterarme de si decían algo del doctor Howard, ese que desapareció anoche.

—¿Y… dicen algo?

—Nada.

La enfermera suspiró con alivio.

—¿Usted qué opina?

—Yo siempre he pensado que ese hombre tenía líos, que un día u otro acabaría haciendo una cosa extraña.

—Bueno, no hay que dar al asunto demasiada importancia. Supongo que un día de éstos se presentará por aquí, conseguirá que le perdonen y en paz. Aunque el doctor Bunsen es muy severo. Quizá lo despida, como a la enfermera Marlowe…

—Sentí lo de la Marlowe, porque era una chica simpática, aunque algo larguirucha. En fin, buenas noches.

Cuando la puerta se cerró, la mujer miró ávidamente el periódico, centrando toda su atención en las noticias de sucesos locales.

Nada se decía de Pulsen, lo cual era tranquilizador. Su detención con un cadáver encima hubiera llenado la primera página. En cambio se hablaba de un cuerpo flotando frente a la costa, en Long Island, descubierto casi al cerrar la edición. El cadáver presentaba una herida de bala en la parte izquierda del pecho, y la muerte había sobrevenido casi veinticuatro horas antes. No había la menor duda de que se trataba del doctor Howard.

Por tanto, todo había ido bien…

La enfermera, ya algo más calmados sus nervios, pensó que si Pulsen no había vuelto aún era porque no convenía a la buena marcha del asunto. Ya se presentaría allí en el momento oportuno, disponiéndolo todo con su calma admirable.

Salió, al pasillo y entró un momento en la habitación de Lorna. Vio que ésta estaba quieta. Aunque eso no podía decirse con seguridad, a causa del vendaje de los ojos, parecía dormir apaciblemente.

Luego entró en la habitación contigua.

Tuvo un violento sobresalto al ver allí a Pulsen, un Pulsen que llevaba toda la cara vendada, excepto un ojo y parte de los labios. Su aspecto; en la penumbra de la habitación, era sencillamente fantasmal.

La enfermera se llevó una mano a la boca.

—¿Cómo…? —empezó a preguntar.

—¡Chist! He tenido que entrar como si fuera un accidentado. Las cosas están un poco difíciles; no hagas un solo ruido.

—¿Pero qué te sucede?

—Tuve anoche un encuentro, en Long Island, con el F.B.I. Creía, qué era la última aventura de mi vida, porque me cazaron por sorpresa y además yo llevaba el cadáver de Howard en el coche. Pero pude liquidar al que me tenía acorralado. El muy imbécil pretendía eliminarme desde el techo del vehículo. Claro que por poco lo consigue…

Se señaló el rostro.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha ocurrido?

—Un balazo en la mejilla, desde la sien hasta la boca.

Afortunadamente, la bala salió sin ni siquiera rozarme los dientes, pero temo que me haya dejado mareado para toda la vida.

—Así será más fácil que den contigo…

—Nadie sabe que estoy herido. El único que lo sabía ha muerto. ¿Qué dicen los periódicos? ¿Se ha encontrado el cadáver de Howard?

—Sí.

—Pronto encontrarán también el del otro. Bueno, no te preocupes, no me mires así… A pesar de la herida me encuentro mejor que nunca. Afortunadamente conozco médicos de confianza para estos casos, y supe que no es nada grave. ¿Y vosotros? ¿Qué habéis hecho vosotros? ¿Cómo es que no está Schultz aquí?

La enfermera apretó los labios. Los apretó tanto que sus facciones se deformaron.

—Precisamente de eso quería hablarte, Pulsen.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—Schultz ha muerto —dijo la enfermera suavemente.

ONCE

La inesperada declaración pareció causar un profundo efecto en el hombre que llevaba el rostro casi completamente vendado. Como es lógico, no pudo apreciarse bien si sus facciones se alteraban, pero la enfermera tuvo la sensación de que, por primera vez, Pulsen acababa de escuchar una noticia ante la que no sabía cómo reaccionar.

Vaciló unos momentos.

—¿Cómo es eso de que Schultz está muerto? —susurró al fin.

—No sé; ha sido algo inexplicable.

—Pues procura hacérmelo entender. Schultz estaba perfectamente sano cuando le dejé anoche.

—Sin embargo murió una hora después de dejarnos tú.

—¿Cómo pudo ser eso?

—Dijo que se encontraba mal, que se mareaba, y terminó perdiendo el conocimiento. No me atreví a llamar a ningún médico de guardia porque me pareció muy peligroso, pero le atendí yo misma. Ya sabes que soy una buena enfermera y que puedo desenvolverme en casos semejantes. Me di cuenta enseguida de que era una crisis cardíaca, aunque pueden matarme si sé de dónde diablos podía venirle. Hice lo que pude, y al fin murió. Te juro que es la cosa más inexplicable que me ha ocurrido nunca.

El hombre pareció reflexionar. Estaba absorto, profundamente absorto. Diríase que su único ojo visible había cambiado de color.

—¿Dónde está Schultz ahora?

—De eso quería hablarte. Me siento muy preocupada. Desesperada casi.

—¿Por qué?

Señaló con el mentón un, armario blanco, empotrado en la pared, que ocupaba unos dos metros lineales.

—Lo tengo ahí. No supe dónde meterlo. He cerrado el armario

con llave y he dicho a todo el mundo que la había perdido, pero llamarán al cerrajero mañana, y cuando él abra será ya demasiado tarde. ¡Hemos de hacer algo! ¡Hemos de hacer algo esta misma noche!

El hombre lanzó una carcajada.

A ella siempre le había maravillado la sangre fría de Pulsen, aquella gélida serenidad con que enfocaba los acontecimientos, pero en esta ocasión pensó que exageraba.

La situación no era para echarse a reír.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Lo sacaremos de aquí.

—¿De qué modo?

—Ése es asunto mío, no te preocupes, Antes del amanecer estará fuera del edificio, pero mientras tanto háblame de Lorna Steicker. ¿Qué ha hecho en estas últimas veinticuatro horas?

—Ha estado muy quieta. He de reconocer que molesta poco.

—¿Visitas?

—Sólo el doctor Bunsen, que se ha limitado a tomarle la presión y un tipo de unos cincuenta años que ha estado con ella media hora.

El hombre de la cara vendada se irguió.

—¿Un tipo de unos cincuenta años? ¿Quién era?

—No lo sé. Se presentó como un amigo.

—¿De ella o de su padre?

—Supongo que de su padre; yo no doy a esa visita tanta importancia.

—Pues yo sí. Suponte que le haya entregado el brillante.

—¿Qué brillante?

—La mayor parte de la fortuna de su padre, según he sabido muy recientemente, estaba constituida por una única pieza, un brillante digno de un rey, que vale una suma incalculable. Difícil de vender, desde luego, pero no imposible. ¿Sabes tú si ese hombre se lo ha entregado?

—Eso es soñar, Pulsen.

—Quisiera estar seguro.

—De acuerdo, yo también quisiera estarlo —la voz de la enfermera se había vuelto ronca—. No soy tan tonta como tú crees, Pulsen. Después de la visita de aquel tipo, y aprovechando que ella

dormía, hice un registro concienzudo de la habitación. He mirado hasta en el globo de la lámpara, y no había nada. Luego, entre otra enfermera y yo, hemos hecho levantar a Lorna para arreglarle la cama, y le hemos aconsejado que mientras tanto se diera un baño. Estando Lorna en el cuarto de aseo, no necesito decirte que he repasado también la cama de un lado a otro. Seguro que no había nada, absolutamente nada.

—Un brillante ocupa poco sitio.

—Aún así. Puedes estar seguro de que en la habitación no se encuentra, y no puede llevarlo ella encima.

—¿Un anillo tal vez?… A veces un anillo no llama la atención, precisamente por ser una cosa, habitual.

—Si el brillante es tan enorme como dices, lo habría visto relucir desde la puerta. Pero además insisto en que no soy tonta; me he fijado en sus manos, en sus pies, en sus labios… Desde luego lleva un anillo, pero puesto al revés. Es decir, la piedra hacia el interior de la mano.

—¡Qué extraño!

—No, no es extraño. Se le habrá girado, y como tiene los ojos vendados no resulta tan fácil que se dé cuenta.

—¿Cómo es la piedra?

—Aguda, pero insignificante. No tiene ningún valor.

—Está bien, yo me encargaré de hablar con ella. Voy a darle una última oportunidad, pero antes debo pensar algo para sacar de aquí a Schultz.

—Debes darte cuenta de que eso es lo más importante.

—No pienses más en ello, Lo sacaré.

Se puso en pie y añadió:

—Por cierto, ¿sabes una cosa? Lorna había ido a un colegio situado muy cerca de aquí. En realidad parece, como si esa muchacha hubiera desarrollado su vida en diez millas a la redonda y nada más. Es curioso.

—¿Es curioso qué…?

—Que también en diez millas a la redonda haya de tener su tumba.

Lanzó otra brusca carcajada y salió de la habitación, mirando antes si el pasillo estaba desierto.

Lo cruzó velozmente sin que le viera nadie, como era normal a

aquella hora, y se introdujo en la habitación 25.

Las tinieblas le rodearon al cerrar la puerta. Se dio cuenta de que la persiana estaba bajada y de que podía encender la luz sin ningún peligro.

Hizo girar el conmutador.

Y de pronto quedó como paralizado.

Bueno, era para estarlo.

Aquellas piernas…

Aquella mujer sentada en el lecho, con la falda por encima de las rodillas, la cabeza echada hacia atrás para mostrar mejor la línea tentadora de la garganta el vestido rojo ceñido a sus caderas esculturales. Aquella mujer, de una belleza diabólica y al mismo tiempo limpia, de ojos puros y culpables, de labios serenos y a la vez lascivos…

Una contradicción, toda ella era una contradicción, pero de las que hacen perder el aliento.

El hombre quedó unos instantes quieto.

Luego los labios femeninos se entreabrieran para decir:

—Hola, Pulsen.

—Buenas noches, Seila.

Se sentó en una butaca, frente a ella y único ojo visible paseó lentamente por las curvas femeninas, analizando cada detalle turbador, cada turgencia, cada línea.

Al fin susurró:

—¿Qué hace aquí la esposa del agente Roland?

—La viuda del agente Roland —corrigió ella.

—Podías, al menos, haberte puesto de luto.

—Eso mismo me dijo el cerdo de Baxter cuando le fui a hablar de la pensión de viudedad.

—¡Oh, yo no lo digo por eso! Yo tengo motivos mucho más materialistas y sucios. Es que yo pensaba que el luto te sentaría maravillosamente bien.

Ella rió con suavidad.

—Si quieres me lo pondré.

El único ojo visible del hombre estaba ahora quieto, terriblemente inmóvil sobre el rostro de la mujer.

—¿Cómo sabías que podías encontrarme en esta habitación, Seila?

—Oh, te he seguido…
—Eres más lista que los policías.
—Yo siempre he sido más lista que ellos, cariño.
—Y más guapa.
—¿Tú crees?
La mujer descruzó las piernas y las volvió a cruzar, con una exhibición que hizo parpadear el único ojo del hombre.
—¿A qué has venido, Seila?
—Sabes que entre tú y yo siempre existió algo, Pulsen.
—Pero te casaste con Roland.
—Tonterías. Fue él quien me obligó a casarme porque dijo que quería arrancarme de esta vida, como si cada uno no tuviera derecho a vivir la existencia que más le gusta.
Él dijo crudamente:
—¿Sabes que fui yo quien mató a Roland?
—Desde el primer momento supuse que aquel accidente había sido provocado por alguien.
—¿Pero imaginabas que fuese yo?
—También supuse, desde que os vi enfrentaros por primera vez, que uno acabaría matando al otro. Y me dije entonces que mi destino estaba escrito: yo iba a ser el premio que quedaría para el vencedor.
—¿Por eso has venido?
Ella sonrió suavemente, pero precisamente por ello, por su sencillez, aquella sonrisa resultó enloquecedora.
—Yo estoy encantada con mi destino, Pulsen.
—¿Quieres decir que vienes a mí desinteresadamente?
—Por descontado que sí, Pulsen.
—A otro perro con ese hueso, nena.
—¿Por qué hablas con esa brutalidad? ¿No te di en otro tiempo muestras de cariño?
—Tú eres una pequeña y hermosa víbora. Tú vendes tu cariño al mejor postor, Seila.
—Hablas igual que ese repugnante bicho llamado Baxter, el jefe de grupo a que pertenecía Roland.
—No sé qué pensaría él si ahora te viera así.
Señaló sus piernas, enfundadas en finas medias, las cuales se apreciaban en toda su extensión. Y eran unas piernas mejores que

las que se exhibían en los más caros *burlesque de Broadway*.

—Yo imagino lo que pensaría; pero Roland no me ve, cariño.

—Dímelo claramente: ¿qué esperas conseguir? Ella tensó los labios.

—Sé que si estás aquí, arriesgándolo todo, es porque tienes delante una jugada fuerte.

—¿Y si te equivocaras?

—Ahora soy yo la que dice «a otro perro con ese hueso», amigo. Sé que en la habitación contigua está internada Lorna Steicker. Su padre y tú trabajasteis juntos un tiempo, pero él se llevó toda la carnada. No sería raro que ahora intentases resarcirte apoderándote de lo que puede estar en poder de su hija.

—¿Y qué piensas que tiene ella?

—Brillantes.

El hombre lanzó un suspiro, como si se diese cuenta de que resultaba imposible discutir con una mujer tan experimentada como Seila.

—Debería considerarte una enemiga. Saber demasiado es peligroso…

Ella volvió a descruzar las piernas otra vez, mientras nuevamente enviaba a través del aire su cálida sonrisa.

—¿Crees que tú y yo podemos ser enemigos, Pulsen?

—Me extraña que una mujer como tú, que tiene aspecto de ser una verdadera dama, no guarde al menos unos días de recuerdo a su marido muerto.

—Mi marido *muerto*. Tú lo has dicho.

Él lanzó una brusca carcajada.

Sabía que la enfermera estaría escuchando tras la puerta, pero eso no impidió decir:

—¿Estás decidida a todo, Seila?

—A todo.

—¿A romper con los recuerdos?

—Yo no tengo recuerdos, Pulsen. Sé que los jefes de mi marido dirían que soy una serpiente por decir eso, pero a mí me gusta ser así.

—¿Y no te asusta un poco el que tenga la cara vendada?

Ahora fue ella la que rió, aunque quedamente.

—¿Me has asustado alguna vez, Pulsen?

El hombre se levantó, la estrechó en sus brazos y la besó rudamente en los labios. Seila, desmadejada, colgándose sabiamente de los brazos poderosos del hombre, se dejó besar.

—Tú sabes hacer esas cosas como nadie, Pulsen. Contigo me siento enloquecer…

La enfermera, que estaba tras la puerta, no quiso seguir escuchando más. Le dio vergüenza, pensando que al fin y al cabo ella era una recientísima viuda.

Dentro, el hombre volvía a besar a Seila.

—Nunca olvidaré lo que has hecho esta noche, vida mía, pequeña mía…

Ella, vencida en sus brazos, se dejaba besar.

Y respondía ansiosamente a sus besos.

El hecho de que el rostro del hombre permaneciera prácticamente invisible tres los vendajes, no parecía importarle gran cosa.

DOCE

Debían ser las dos de la madrugada, cuando el hombre de la cara vendada se apoyó en el alféizar de la ventana, que había abierto después de apagar la luz, y miró en torno suyo.

No se distinguía a nadie en todo lo que la vista podía abarcar. La soledad era absoluta.

Miró hacia atrás. La mujer seguía en la habitación. En la penumbra se la veía tan hermosa como a plena luz. O más hermosa quizá. Era la mujer más hermosa que él había visto nunca.

Por eso la deseaba tanto.

Susurró:

—Tú puedes quedarte aquí y salir mañana como si fueras una visitante cualquiera. No debes temer nada, puesto que la enfermera es cómplice en este trabajo. Yo voy a hacer algo que hace tiempo debí hacer ya.

—¿Qué es?

—Algo que se me ha ocurrido esta noche.

La mujer sonrió seductoramente.

—¿Relacionado conmigo?

—No, Relacionado con algo que te sorprenderá: Con pájaros marinos.

—¿Qué dices? No tiene sentido…

—Los pájaros marinos siempre han sido mi debilidad —dijo él suavemente—. Me gusta oír sus chillidos y contemplarlos en las tardes de tormenta. Además tienen instinto, ¿sabes? Un instinto maravilloso del que carecemos los hombres. Quiero ver los pájaros marinos esta noche.

—Creo que te has vuelto loco. Además, no vas a decirme que estabas pensando en eso mientras me besabas…

—No, pero la idea se me ha ocurrido de repente. Pájaros marinos… ¡Qué extraño pensamiento en una noche como ésta! Voy

a visitarlos, muchacha. Son mi obsesión.

Sin una palabra más, se asió a uno de los adornos de la fachada y empezó a descender hasta el nivel de la calle con la rapidez y la facilidad de un simio.

Media hora después estaba en el único lugar prácticamente desierto de Long Island. Bueno, desierto en parte. Sobre una corta cadena de peñascos cortados casi a pico sobre el nivel del mar se elevaba un edificio alto, solemne, ocre, que ya desde lejos se adivinaba sólo podía ser un internado o un colegio. Sus ventanas aparecían claramente dibujadas a la luz de la luna, y abajo, entre las rocas, los pájaros marinos revoloteaban lanzando agudos chillidos, unos chillidos que parecían casi humanos.

Como otras tardes y otras noches. Como casi siempre.

Él lo había observado en las últimas semanas, pero hasta entonces no había dado a aquello su significado preciso. Pájaros marinos… ¿Y qué? Ahora se deba cuenta de lo que aquel «¿y qué?» podía significar.

El hombre de la cara vendada llegó al borde de los acantilados silenciosamente, calculó la distancia que le separaba del lugar donde los pájaros parecían reunirse, y empezó a descender.

Un hombre menos ágil que él se hubiera desnucado fácilmente entre las rocas resbaladizas, batidas por el viento, pero aquél parecía un auténtico simio. Ni una vez sus manos vacilaron, al sujetarse a rocas resbaladizas y húmedas, que parecían impregnadas en jabón. Ni una sola vez se desvió de su extraña ruta, descendente, guiado siempre por los chillidos de los pájaros.

Por fin llegó a una pequeña gruta natural sólo visible desde el mar, y donde apenas podía entrar una persona agachada.

Los pájaros aleteaban siniestramente en su interior. El hedor que se desprendía de aquel hueco era muy intenso, aunque lo purificaban las fuertes ráfagas de aire marino. El hombre extrajo una linterna, alumbró el interior y vio lo que había llamado la atención de los pájaros marinos durante las dos últimas semanas. Un cadáver semidescompuesto yacía en el interior. Era el cadáver de una muchacha, aunque resultaba difícilmente reconocible porque los mismos pájaros lo habían desfigurado horriblemente.

El hombre guardó su linterna.

Una extraña expresión había asomado a su único ojo, que ahora

tenía como una luz de pesadilla.

Agitando las manos, para que los pájaros no arremetieran contra él, salió de la pequeña gruta y emprendió la ascensión lentamente, desviándose al llegar a la altura del colegio para que nadie pudiese notar su presencia.

TRECE

Cuando regresó a la clínica aún no se insinuaban sobre los árboles las luces del amanecer. Otra vez igual que un simio, sin demostrar la menor fatiga, se asió a los salientes del edificio y empezó a trepar.

Se daba cuenta de que corría un grave peligro, porque podía ser visto de alguna ventana, pero en realidad aquélla era la hora más tranquila de la noche. Ese peligro resultaba más bien teórico que real.

Llegó a la ventana de la habitación, que estaba abierta y con la persianilla alzada. Dentro no había luz.

Oyó solamente la suave respiración de Seila, que estaba dormida sobre el lecho.

Después de sus transportes amorosos, después de mostrarse como una de las mujeres más apasionadas que había conocido, Seila descansaba sobre el lecho con un cansancio animal, joven, completo. Incluso viéndola descansar producía una intensa sensación de potencia y de vida. Él se dijo que era la mujer más deseable y hermosa que había visto nunca.

Pero esos pensamientos Seila no llegó a conocerlos. No pudo ver tampoco el brillo del único ojo que se recortaba en las facciones vendadas del hombre.

Sólo soñó que Baxter, en su despacho, le insultaba. Que con su enorme boca vociferante la llamaba: «¡Cochina! ¡Canalla! ¡Maldita perra de los suburbios!».

Baxter, cuando perdía los estribos, los perdía del todo. Pero Seila, en lugar de inquietarse ante aquel sueño, sonrió suavemente, distendiendo sus hermosos labios.

El hombre la miraba.

Al fin pasó junto a ella, sin rozar el lecho, y abrió lentamente la puerta que daba al pasillo. Antes se convenció de que no se oía

caminar a nadie, ni en un sentido ni en otro.

Fue al apartamento de la enfermera de turno de noche. Sabía que ella aún seguiría en su puesto.

Y, en efecto, estaba allí, temblorosa, paseando nerviosa de un lado a otro, con los ojos cargados de sueño después de no haber descansado en veinticuatro horas.

Ella se volvió inquisitivamente hacia él.

—¿Dónde has estado, Pulsen?

—Tenía trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Eso no te importa. Yo soy el que piensa, y lo que decida hacer estará bien hecho.

—Pero Schultz sigue ahí…

Señalaba el armario febrilmente.

—¿No ha venido nadie a buscar cosas en ese armario?

—Sí: han venido dos médicos, pero al no poder abrirlo han desistido. Lo que resulta seguro, es que dentro de unas horas vendrá un cerrajero, y entonces…

—No te preocupes, lo sacaré antes. Vamos a ver, dame la llave.

La enfermera se la entregó.

Él la hizo girar en la cerradura, y abrió la puerta. Schultz estaba allí hecho un ovillo, y ya había empezado a cambiar de color. Nunca había sido un tipo arrogante, y desde luego ya no quedaba la menor posibilidad de que lo fuese. El tipejo daba pena, tan arrugado, tan encogido y tan suciamente muerto. Porque Schultz había sufrido antes de morir, eso se notaba. Incluso tenía la boca abierta como en un último e inútil alarido que nunca llegaría a exhalar.

—¿Hay una camilla? ¿Puedes traerla?

—Claro que sí.

La enfermera volvió poco después con una camilla de ruedas que se deslizaba silenciosamente sobre el suelo de linoleum. Sus facciones estaban contraídas, y sus ojos cansados denotaban inquietud.

—No entiendo lo de Schultz, te juro que no lo entiendo. Estaba tan sano, incluso tan alegre… de repente… ¡plam! Yo tengo experiencia, pero no comprendo lo que ha podido pasarle.

—Supongo que en la clínica veis muchos tipos alegres, lleno de

vida y que de repente hacen, ¡plam!

—Pero no tan rápidamente como éste.

—Bueno, no es hora de meternos en averiguaciones. Schultz ha muerto y en paz. En cierto modo ya había cumplido su trabajo, de modo que no hemos de lamentarlo. Será uno menos en el momento del reparto.

—A veces quisiera tener la serenidad que tú tienes, Pulsen.

—Es cuestión de carácter. Vamos, ayúdame.

Entre los dos lo tendieron en la camilla, cubriéndolo de pies a cabeza con una sábana.

La enfermera preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Llevarlo al depósito de cadáveres. Tardarán al menos un día en identificarlo y poder hacer alguna cosa. Para entonces, nosotros ya estaremos lejos de aquí.

—¿Y Lorna?

—Sé dónde tiene el brillante.

La enfermera se tensó.

—¿Dónde?

—Hablaremos de eso luego. Ahora lo más importante es desembarazarnos del cadáver.

—Pero me extraña lo que dices del brillante… ¡No puede estar en la habitación! Yo la he registrado otra vez.

—Olvídalo por el momento. Es asunto mío.

—Y mío.

La actitud de la enfermera había pasado a ser casi agresiva. Palpitaba en ella la desconfianza.

Él sonrió.

—Parece que las cosas ya no marchan tan bien entre nosotros… —dijo.

—Temo que me des esquinazo cuando tengas la joya. ¿Por qué no he de decirte la verdad? Las cosas han cambiado. Antes trabajábamos los tres juntos, pero ahora Schultz ha muerto y tú estás liado con esa zorra…

—¿A quién te refieres?

Ella apretó los labios en una mueca sarcástica.

—Vamos, no te hagas ahora el niño bueno. De sobras sé que has recuperado a tu antigua novia.

—Seila no fue nunca mi novia.

—Ajá, al menos ahora ya sabes de quién hablo, No sería tu novia, pero se la disputaste con todas tus fuerzas a aquel federal… ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Roland.

—¿Y qué?

—Nada, que veo que al fin ha caído en tus brazos.

—Ése es asunto mío. Además, ¿cómo infiernos lo sabes?

—Porque yo soy una enfermera competente y fiel cumplidora de su deber —dijo ella con cinismo—. Todo lo que ocurra en esta parte del piso me concierne, y por eso escuché desde detrás de la puerta. Vuestras frases eran bastante apasionadas, me parece. Sólo escuchando algunas de ellas ya había bastante para darse cuenta de lo que sucedía. Tú no eres más que un perro. Pulsen, pero ella es muchísimo peor.

Añadió, con las facciones crispadas:

—El cuerpo de su marido aún está caliente en la fosa, podría decirse, y ella se entrega a su peor enemigo. Su actitud es cien veces más canallesca que la tuya.

—Te aconsejo que no la insultes. Podría costarte caro.

—¿Me desafías, verdad? Ahora he dejado de ser útil en cierto modo y ya no piensas más que en repartirte los beneficios con ella, ¿no es así? Ahora pretendes quitarme de en medio…

—Nadie ha dicho eso.

La calma imperturbable del hombre pareció convencerla por un momento, pero enseguida la alarma volvió a dibujarse en su rostro.

—No podrás cargarme la muerte de Schultz aunque quieras, Pulsen —dijo, con voz silbante—. No intentes ninguna jugada.

—¿Estás loca? —La impaciencia vibró por primera vez en el tono del hombre—. ¿Crees que me buscaría la silla eléctrica haciendo aparecer ahora el cadáver de Schultz? ¿No sabes que están buscando el menor pretexto para juzgarme de nuevo? Cuando ahí abajo —señaló con el dedo a unos supuestos pisos inferiores—, se den cuenta de que es Schultz, tú y yo ya estaremos lejos. El brillante será nuestro esta misma noche, pero quiero hacerte una advertencia.

Hablaba con un tono lento y calmoso de voz, como si estuviese bien seguro de lo que decía. La enfermera se tranquilizó lentamente aunque la duda aún seguía latiendo en el fondo de su cerebro.

—¿Qué quieres advertirme?

—No intentes nada contra esa muchacha. Confía en mí y espera a que yo intervenga. Las cosas podrían ir mal, y en ese caso le conviene que la policía tenga pocos cargos contra ti. Tu ficha aún está relativamente limpia, y si intentases algo y no saliese lo que esperas…

—Te preocupas mucho por mí —dijo ella, ásperamente—. ¡Qué conmovedor!…

—No me preocupo; solamente intento pensar con sensatez.

Ella no contestó.

Sus ojos brillaban extrañamente.

—No sé dónde está el depósito de cadáveres de esta clínica —susurró él—. Naturalmente, debe haber uno.

—Sí, lo hay. Como casi todos, está en la planta baja.

—¿Lo vigila alguien?

—A esta hora, no. Toma el ascensor que hay al fondo del pasillo y oprime el botón de «Planta». Verás, al salir, tres puertas, de las cuales hay una sola que no tiene indicación sobre el dintel. Ésa es.

—De acuerdo, espero no encontrarme con nadie.

—Si no se produce alarma a causa de algún enfermo, los pasillos estarán vacíos. Además, no olvides que lo único que debes hacer es tomar el ascensor y salir de él. Lo demás es sencillo, porque desde allí a la puerta del depósito hay apenas once pasos.

—Si me ve alguien con la cara vendada, puedo sembrar la alarma.

—Sí, desde luego. Toma una bata blanca.

La extrajo del mismo armario donde había estado encerrado Schultz. Él se la vistió prontamente. De no ser por su rostro, no hubiera despertado ninguna clase de sospechas.

Salió de la habitación, llevando por delante la camilla con el cadáver.

No había nadie en el pasillo.

Nadie ante la puerta del ascensor que se distinguía al fondo.

Él fue hasta allí conteniendo la respiración y contando los pasos.

Detrás de él se abrió una puerta.

Con todos los nervios en tensión, sintiendo como un pitido en el cerebro, escuchó los pasos a su espalda. Eran unos pasos seguros y secos, sin duda los de un médico de guardia. Si aquel médico

tomaba también el ascensor, todo estaría perdido.

Llegó ante la puerta. Oprimió el pomo.

Los pasos se distanciaron hacia la izquierda, siguiendo por un pasillo lateral. Sin duda el médico no se había fijado en la cabeza vendada, o quizá había pensado que se trataba de un gorro blanco de los que usan los cirujanos.

El ascensor subía lentamente. La puerta se abrió.

El cadáver de Schultz fue introducido en la cabina metálica.

El hombre suspiró ruidosamente, mientras oprimía el botón para llegar a la planta baja.

Al detenerse el ascensor, miró en torno suyo y empujó, lentamente la puerta del depósito de cadáveres.

CATORCE

Cuando el hombre hubo descendido y todo volvió a ser silencio en el corredor, la enfermera comprendió que había llegado su oportunidad. Después de las palabras escuchadas minutos antes, ya no podía confiar en Pulsen.

Él y Seila se repartirían el botín en cuanto lo consiguiesen. Tenía que actuar y dejarles en la estacada, como pretendían dejarla a ella.

Lorna Steicker llevaba el suficiente tiempo sola en su habitación para haberse «madurado». No hay quien resista demasiado tiempo la tensión nerviosa que ocasionan la soledad y el saberse acorralada. Lorna estaría en disposición de llegar a un acuerdo, y si no era así, peor para ella.

Acabaría el asunto aquella misma noche.

Tampoco sus nervios estaban demasiado tranquilos. Tampoco podría resistir demasiado tiempo más aquella tensión insoportable.

Pulsen tardaría aún unos minutos en regresar del depósito de cadáveres, y aunque regresara antes y no la encontrara allí, tampoco se atrevería a buscarla por las habitaciones. Eso fue lo que decidió a la enfermera.

Salió y pegó el oído a la puerta del cuarto de Lorna.

No se escuchaba ningún sonido. Nada absolutamente.

Volvió sobre sus pasos y cargó una jeringuilla con una dosis brutal de barbitúricos, capaz de causar la muerte a un gigante. Sabía que aquello era dejar una pista clara tras ella, pero estaba segura de que ya no la encontrarían en cuanto huyese de allí.

Empujó la puerta y entró.

Sus ojos se habían vuelto pequeños, duros y crueles. Fue una suerte para la paciente el no poder verlos.

Notó que Lorna no estaba dormida, aunque permanecía quieta.

—Señorita Steicker… —dijo con voz metálica.

—¿Quién es usted?

La voz de la paciente parecía llegar desde muy lejos.
—Soy la enfermera.
—Ah, sí, ahora reconozco su voz. ¿Qué quiere?
—Debo inyectarle un somnífero.
—No lo habían hecho últimamente. ¿Por qué ahora?
—Lo ha dispuesto el doctor Bunsen.
—¡Qué raro! No me había dicho nada.
La voz de la enfermera se hizo más metálica y áspera.
—¿Por qué desconfía usted, señorita Steicker?
—Yo no desconfío. Pero cualquier mujer que estuviera tan desesperadamente sola como yo también haría preguntas.
—Por eso pretendo calmarla.
—Está bien. ¿Cómo ya a aplicar la inyección? ¿Intramuscular?
—Intravenosa será más eficaz.
—Cuando gusté.
La enfermera quedó un poco atónita ante tantas facilidades. Comprendió que la muchacha estaba muy asustada y que le convenía aprovechar aquella oportunidad.
Susurró:
—Debo hacerle una proposición, señorita Steicker.
—¿A mí?
—Sé que su padre ganó mucho dinero. Lo que ocurre es que no lo ganó… digamos muy honradamente.
—¿Qué importa eso ahora?
—Sí que importa. Gran parte de sus fabulosos beneficios los invirtió en brillantes, pensando que las piedras preciosas conservan el valor mejor que la moneda, y además son más fáciles de ocultar. Especialmente había un brillante de fabuloso valor.
La voz de la paciente no se alteró al susurrar:
—Veo que está maravillosamente enterada.
—Pues quiero enterarme aún mejor, señorita Steicker. Quiero saber dónde está ese brillante que es la pieza maestra de la colección. Ya ve que me conformo con bien poca cosa.
—¿Por qué imagina que yo he de poder decírselo?
—Usted sabe perfectamente dónde está. Su padre sólo la quería a usted. Previendo que podían matarla en cualquier momento, debió indicarle el paradero de su fortuna.
—No diga tonterías; mi padre era un *gángster*, según asegura la

gente, mientras que yo no era más que una colegiala. No nos veíamos nunca.

—Le conviene, reflexionar, señorita Steicker.

—¿Y si le dijera que no pienso acceder a lo que me pide?

—Puede que lo lamentara, señorita Steicker. Puede que lo lamentara… muy pronto.

La voz de la muchacha seguía sin alterarse cuando susurró:

—Siempre he sospechado de usted. Siempre he pensado que no deseaba más que acabar conmigo.

—Tonterías. Yo no deseo acabar con usted ni con nadie. Sólo pienso sacar un beneficio de todo esto.

—Un beneficio de varios millones…

—No hace falta que concretemos tanto las cifras. Podríamos llegar a un acuerdo.

—Lo siento. No hay ninguna posibilidad.

La enfermera sintió que temblaban sus labios. La inquietud y el odio la dominaban. No había esperado aquella serena resistencia por parte de la muchacha que parecía muy dueña de sí misma.

—En tal caso debo advertirle que corre peligro. Y no intente denunciarme porque será peor. Sepa que, en cuanto intente algo, tengo posibilidades de matarla en menos de un minuto.

—Celebro que nos hayamos quitado la careta —dijo Lorna pausadamente—. Bueno, yo aún no. Yo aún llevo la careta puesta —añadió señalándose el vendaje—. Pero ahora sé a qué atenerme. Lo que usted quiere decir con todo eso es que me conviene reflexionar, ¿no?

—Más de lo que cree.

La voz serena, tranquila, de la muchacha, irritaba a la enfermera hasta límites inconcebibles. Se daba cuenta de que no era dueña de la situación, y eso aumentaba febrilmente el deseo de matarla.

—Reflexionaré después de dormir —dijo Lorna suavemente—. Ha sido usted oportuna, nunca he deseado un somnífero tanto como ahora. ¿Quiere inyectarme?

La enfermera se acercó, con los labios distendidos en una sonrisa. Ahora se daba cuenta de que la muchacha no estaba segura de sí misma; lo que ocurría era que en el fondo resultaba una ingenua, y las ingenuas desconciertan a veces. Pero matarla iba a ser espantosamente fácil. Y ella ya estaba al borde de su resistencia

nerviosa, ya solamente ansiaba acabar…

La paciente estrechó su mano sin fuerzas. Con los dedos de la otra palpó la aguja.

—Es demasiado gruesa —susurró—. ¿Con esto va a inyectar en la vena? ¿No tiene otra más delgada?

La enfermera pensó que nada costaba complacerla, y al fin y al cabo Lorna tenía razón. Puestos a acabar con ella, más valía acabar decentemente.

Del bolsillo superior de su bata, extrajo una cajita plana de metal donde siempre llevaba varias agujas.

Extrajo una más delgada y depositó la anterior sobre la mesilla.

No se dio cuenta de que la mano de Lorna la palpaba, de que sus dedos largos, sensitivos y nerviosos la empuñaban como un estilete.

Terminó de cambiar la aguja.

—Tiene usted unos cabellos muy bonitos —dijo Lorna inesperadamente.

—¿Cómo lo sabe?

—No sé, lo imagino.

—No diga tonterías.

Notó que la enfermera estaba inclinada sobre ella. Balbució:

—Perdone.

Acarició sus cabellos con una ternura que casi la conmovió. Con una extraña y suave ternura.

Pero eso duró un instante. Bruscamente tiró de ella, mientras de un seco golpe clavaba la aguja hasta el fondo en la sien derecha de la enfermera.

La aguja, al atravesar parte del cerebro, produjo un seco chasquido.

QUINCE

Se oyó el zumbido del ascensor.

La cabina metálica subió lentamente, casi con solemnidad, como si transportara un ataúd, un ministro o una novia. Pero de ella, al abrirse la puerta, sólo surgió un hombre con el rostro vendado. Un hombre cuyo único ojo visible brillaba quietamente.

Transportaba una camilla, pero ahora en esa camilla no había nadie. El cuerpo de Schultz estaba ya en el depósito de cadáveres.

Fue al apartamento de la enfermera de servicio y lo abrió. Sin fijarse demasiado en lo que había dentro, hizo pasar la camilla por la puerta, para que no llamara la atención en el exterior, y dijo de una manera impersonal:

—Luego la ocultas mejor, ¿sabes?

Nadie contestó, y el hombre hizo girar la cabeza poco a poco, mirando en torno suyo.

El silencio que le envolvía tenía algo de irreal, de fatídico.

No era el silencio que le había rodeado antes, el que suele imperar en una clínica durante la noche, sino algo mucho más espeso, más siniestro, un silencio que parecía estar más allá de los sentidos.

Por el cerebro del hombre pareció pasar entonces una idea. Su ojo visible brilló extrañamente.

Abrió el armario donde antes estuvo oculto el cadáver de Schultz.

El cuerpo de la enfermera estaba allí, extrañamente retorcido. Tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos espantosamente abiertos. No cabía duda de que estaba muerta, pero no se apreciaba en ella ninguna herida visible.

El hombre tiró de ella suavemente, haciéndola caer al suelo, donde quedó hecha un ovillo.

En esa posición permanecía al descubierto toda su cabeza, y por

tanto el hombre podía ver ambas sienes. En una de ellas había un pequeñísimo orificio por el que apenas había brotado una gotita de sangre.

Un orificio que sólo pudo haber sido causado por una larga aguja hipodérmica, clavada hasta el fondo de modo que llegara a atravesar algún punto vital del cerebro.

El hombre quedó quieto unos instantes, como paralizado por la sorpresa. Parecía no comprender lo que estaba viendo, y sus manos se abrieron y cerraron nerviosamente dos veces.

Al fin pareció tomar una decisión.

Aún vaciló unos instantes, contemplando el cadáver, y terminó ocultándolo en el lugar donde lo había encontrado. Luego cerró el armario cuidadosamente.

En la habitación había un espejo. Se situó ante él con las piernas entreabiertas, mirándose fijamente.

Se desprendió de la bata blanca.

Y luego empezó a quitarse los vendajes lentamente, hasta que bajo ellos apareció su rostro.

Un rostro intacto, sin ninguna herida.

El rostro de un hombre de facciones enérgicas, de ojos duros y grises, de líneas que parecían cortadas a cincel.

¡El rostro de Roland, el agente federal, el hombre que había sido lanzado con su bólido al mar días antes!

Mientras tanto, en la habitación de Lorna, se estaba produciendo también una escena inesperada.

Después de arrastrar por el pasillo desierto el cadáver de la enfermera hasta su apartamento, el cual había sabido identificar por las letras en relieve sobré la puerta, la muchacha no había perdido un minuto.

Sabía que con una simple llamada telefónica al exterior vendrían a ayudarla. Concretamente vendría a ayudarla Sturgess, el hombre que había estado visitándola aquella mañana. Pero antes tenía que eliminar un peligro próximo y que se presentaría allí no muchos minutos más tarde.

Tomó la aguja que había desclavado de la sien de la enfermera, y calculó su longitud, procurando no pincharse.

Luego se dirigió a un ángulo de la habitación, donde estaba el maletín que había llevado consigo a la clínica.

Lo abrió.

Dentro había una botellita pequeña y chata, conteniendo unos cuantos centímetros cúbicos de un líquido negruzco. Al destaparla, aquel líquido produjo un suave olor que no hubiera podido definirse. Un olor a selva y a humedad al cual el olfato humano no estaba habituado, pero que la muchacha aspiró con placer.

Impregnó la aguja en aquel líquido, hasta que quedó bien empapada, y luego tapó la botellita, dejándola en su sitio.

Sabía que los efectos del activo veneno sobre la punta de la aguja durarían varios días. Sabía también que un simple pinchazo, a poco profundo que fuese, bastaría para provocar la muerte.

Era el mismo veneno del cual había impregnado la piedra de su anillo, antes de dar la mano a Schultz. Ella había llevado el anillo al revés, o sea la piedra en la palma de la mano, para que el que se la estrechara tuviera que arañarse por fuerza.

Podía emplear ahora el mismo procedimiento, pero estaba persuadida de que el hombre que iba a entrar en su habitación no querría estrecharle la mano. Por ello había que pensar en algo más sutil, pero igualmente directo y rápido.

Palpó uno de los dos silloncitos que había en la habitación, el cual tenía un delgado respaldo tapizado en un plástico muy fino.

Lo atravesó por la parte posterior, haciendo que la punta de la aguja sobresaliera del respaldo. Así, cualquiera que se sentase y apoyara allí la espalda, sería herido por la aguja inevitablemente.

Una herida suave, instantánea, pero mortal.

Arrastró los sillones hacia un ángulo donde supuso que la luz sería más débil, calculándolo por la posición de la bombilla, y esperó.

No tuvo que aguardar mucho tiempo.

Alguien golpeó suavemente con los nudillos en la puerta.

—Adelante —dijo ella, sin que le temblara la voz.

La puerta se abrió y la figura de Roland, el federal, se recostó en el umbral.

Era una figura alta, erguida, peligrosa.

Claro que ella no podía verla.

Roland musitó:

—¿Tengo el placer de hablar con Lorna Steicker?

Ella se sorprendió, porque lo esperaba todo menos aquellas

palabras. Incluso había creído que su enemigo llegaría por la ventana. Pero dominó su sorpresa, y dijo suavemente:

—Sí, soy yo misma.

—¿Puedo pasar?

—Desde luego. Cierre la puerta.

Se oyó un suave chasquido, al encajarse la hoja de madera.

—Permítame que me presente —dijo luego la voz del hombre, cono extraña calma—. Soy un agente federal. Me llamo Roland.

—Tonterías.

—¿No me cree?

—También Pulsen, la primera vez que habló conmigo, me dijo que era un agente federal y que estaba aquí para protegerme. Incluso me dejó palpar la placa, pero evidentemente era falsificada.

—No lo era.

—¿Qué quiere decir?

—Pulsen se la había robado a un hombre a quien mató, pero ahora eso no hace al caso. Desde luego comprendo que pudo engañarla.

—Usted también me engaña.

—¿Eso supone?

—Usted es Pulsen. Ningún otro tendría motivos para estar aquí.

—Reconozco que me parezco a Pulsen en la estatura, en el color de mis ojos y hasta un poco en la voz. Reconozco igualmente que llevo su traje. Pero no soy Pulsen, sino el agente Roland.

—¿Y qué quiere el F.B.I. conmigo? ¿Protegerme?

—No. Lo que quiere es acusarla —dijo sentenciosamente el hombre.

Y luego añadió muy despacio:

—Acusarla de asesinato.

Lorna quedó un momento como paralizada por la sorpresa, pero se rehízo pronto. En realidad aquello no debía haberla sorprendido, puesto que lo esperaba en cierto modo, pero las cosas se estaban produciendo de un modo distinto a como ella imaginó.

De todos modos la trampa serviría igualmente. Todo estaba dispuesto para que sus planes llegaran hasta el fin.

Susurró:

—¿Asesinato de quién?

—De un hombre llamado Schultz. He estado examinando su

cadáver. Usted lo mató mediante una punción con algo impregnado en veneno. Supongo, por la forma de la herida, que pudo ser un anillo.

—Imaginemos que sea cierto. ¿Quién va a lamentar la muerte de Schultz? ¿Quién va a llorar ante la carroña de un buitre?

—Nadie —dijo Roland con suavidad—, y yo mucho menos. Pero hay otro asesinato que me inspira una especial repugnancia, y del cual sí que quiero que rinda cuenta ante la Justicia.

—¿Qué asesinato? ¿De qué habla?

Roland musitó con suavidad:

—Del asesinato de Lorna Steicker.

EPÍLOGO

La mujer quedó como paralizada un momento, pero enseguida se rehízo. Su voz sonó serena y tranquila cuando dijo:

—¿Por qué no se sienta, señor Roland?

Señalaba hacia donde estaba el sillón preparado. Lo señalaba suavemente, y el hombre caminó hacia él.

—Gracias —dijo.

Y tomó asiento.

Lorna dedujo que el hombre no se había apoyado en él respaldo, porque no le oyó gemir ni lanzar ninguna exclamación de sorpresa. «Pero se apoyará —pensó—. A poco que yo alargue la conversación, no aguantará con la espalda tensa».

Oyó su voz. Una voz extraña y tranquila que parecía hablarle de negocios y no de crímenes.

—El crimen era doblemente repugnante porque usted y Lorna eran amigas —explicó la voz—. Intimas amigas. Al principio las aproximó el hecho de que las dos se llamaran Lorna. Luego otras muchas cosas. Supo así que su padre era en realidad un *gángster*, que le había dejado al morir una cuantiosa fortuna, y que la mayor parte de ésta consistía en un brillante de gran tamaño que era en realidad una pieza única.

Ella guardó un momento de silencio, cuando Roland terminó de hablar. Luego dijo:

—Siga… Me divierte su voz. Me divierte mucho, se lo aseguro…

—Ya pensaba seguir, Lorna, pero de todos modos gracias por su amable condescendencia. Y le diré que usted era la típica muchacha podrida de dinero y de vicios por la que sus padres se desviven, la muchacha que no soporta la disciplina del colegio y que lo único que desea es vivir como sea y a costa de lo que sea. He hecho algunas averiguaciones sobre usted y ahora puedo decirle eso. Varias veces estuvieron a punto de expulsarla, hasta que sus padres

se cansaron y dejaron de enviarle la generosa cantidad mensual que le remitían como obsequio, y que usted gastaba los domingos alegremente. Al faltarle la asignación, le pareció que el mundo entero se le desplomaba encima. Ya tenía proyectado fugarse con un imbécil de sus mismas aficiones, pero para ello necesitaba mucho dinero. Fue entonces cuando pensó en desplumar a Lorna Steicker, que ya le había contado dónde estaban los brillantes y cómo conseguirlos. Claro que para ello necesitaba matarla.

Dejó una nueva pausa. La mujer, que casi no respiraba pensando en el momento en que él se apoyara en el respaldo, musitó:

—Siga. Cada vez encuentro ese serial más interesante…

—La invitó a dar un paseo por los peñascos que había bajo el colegio, junto al mar —continuó Roland—, pero como eso estaba prohibido le pidió que no lo dijese a nadie. Al llegar a una pequeña gruta natural que hay entre ellos, mató a Lorna por la espalda, a traición, y dejó su cadáver allí. Durante varios días a mí me extrañó la insistencia de los pájaros marinos en buscar aquella gruta, y, los chillidos que lanzaban. Esta noche he descubierto el secreto, al ver al cadáver.

«Luego, al fugarse, ya rica y feliz, con aquel granuja, sufrieron un accidente yendo borrachos. Fue lo último que necesitaban sus padres para olvidarse de usted y negarle toda su ayuda. Claro que estaban lejos de sospechar que, además, era una asesina.

»Debía operarse, pero lo hizo con el nombre de Lorna Steicker. En realidad en el colegio creían que ella, la Steicker, se había fugado también, por lo que no sospechaban la verdad. Lo malo de la combinación fue que Pulsen y otro par de granujas también iban tras esa fortuna. Usted estuvo temiendo que la mataran desde el momento de entrar en el quirófano para operarse».

—¿Cómo ha averiguado todo eso, Roland? ¿Quién le metió en este asunto?

—Me metí yo mismo, y creo que lo hice por odio hacia Pulsen, como Pulsen me odiaba a mí. Los dos nos disputamos en otro tiempo la misma mujer, y yo logré arrancarla de sus brazos. Esa mujer, que a veces habla con más desparpajo que una chica del suburbio, es sin embargo, la más fiel y enamorada que existe. Pero ella no importa ahora, muñeca. Lo cierto es que Pulsen me preparó una trampa para que me matase, y yo caí en ella *voluntariamente*.

Sabía que iba a despeñarme, y elegí el sitio. Mis jefes arrojaron luego al agua un cuerpo desfigurado, procedente del depósito de cadáveres, al que previamente habían vestido con mis ropas. Todo el mundo quedó engañado, excepto mi mujer, que sin embargo, siguió la comedia. El salto que yo había dado podía ser mortal, pero estando advertido y conduciendo un coche descubierto que había de caer en aguas profundas, el riesgo quedaba muy disminuido. Yo contaba con que, si me creía muerto, Pulsen obraría con mayor tranquilidad y sería mucho más vulnerable.

—¿Y Pulsen? ¿Dónde está ahora? Sin duda era él quien vino al principio entrando por esa ventana. ¿Pero y ahora? ¿Dónde está?

—Lo mate —dijo Roland suavemente.

—¿Lo… mató?

—Quise detenerle cuando llevaba en el coche el cadáver de Schultz y contábamos al fin con una prueba comprometedora. Pero se resistió, luchamos a muerte y hube de acabar con él. Luego me vestí sus ropas, me vendé la cara y vine aquí en su lugar, diciendo que estaba herido. Mi esposa vino para ayudarme sin yo pedírselo. Y ahora que todo está claro dígame, Lorna: ¿Va a entregarse? Sentiría tener que emplear la violencia con usted, se lo juro, pese a ser una pequeña víbora. Con las mujeres siempre me ha gustado la cortesía. ¿Va a ayudarme?

Se tensaron los labios de Lorna.

—¿Qué pena me corresponderá por esas muertes?

—Dudo que la condenen a más de cinco años por Schultz y otros cinco por la enfermera, ya que no niego la existencia de varios atenuantes. Yo mismo estoy dispuesto a acudir al juicio y declarar cómo se desarrollaron los hechos. Pero le cargarán un mínimo de veinte años por Lorna Steicker. Ése fue un crimen repugnante y que no admite perdón. Siento que tenga usted que pagar tan cara su conducta, Lorna: Un ojo vacío y treinta años de cárcel. Pero debió pensar eso antes de matar por la espalda a su mejor amiga.

—¿Cree que va a detenerme?

Había notado instintivamente, por el tono de su voz, que el hombre, después de la explicación, relajaba sus músculos. Comprendió que ahora iba a apoyarse en el respaldo.

Era el fin.

—Póngase cómodo y míreme… —dijo burlonamente—. ¿Cree

que soy tan tonta como para entregarme sin lucha?

Se oyó el sordo gemido de Roland. Al recibir el inesperado pinchazo, todos los músculos del hombre habían sufrido una sacudida. La mujer se acercó a él, fingiendo solicitud.

—¿Qué ocurre?

—Este asiento…

Ella ya estaba tras él. Ya había desclavado la aguja hábilmente, sin que nadie lo notara. Ya la tenía entre los dedos…

Roland notó como un suave desvanecimiento, se rehízo. Estaba aún lejos de adivinar el auténtico peligro.

Aun sabiendo que con aquel pinchazo ya había bastante para causar la muerte, Lorna quiso asegurarse. Mientras él iba a volverse, levantó suavemente la aguja.

Sabía que no faltaría, puesto que, la clavase donde la clavase, los efectos serían decisivos. Fue a mover el brazo derecho mientras sus labios se distendían en una mueca de odio.

—¡Muere! —gritó.

Y en aquel momento sonó el disparo junto a la puerta.

La figura de Seila, recortándose en el umbral, pareció tambalearse. Sus ojos miraron desencajados el cuerpo caído de Lorna, de cuya sien izquierda brotaba un hilillo de sangre. Miraron también el rostro de su marido, quien se había llevado la mano a la espalda con un gesto de dolor.

—Creo… que me has salvado… la vida —farfulló—. No hubiera podido evitar… el segundo… pinchazo…

Se apoyó en una pared.

—La aguja estaba envenenada, Seila. Los efectos no son instantáneos, pero moriré si no me ayudan enseguida… Menos mal que… estoy en una clínica…

Ella corrió ansiosamente al teléfono de la misma habitación, arrojando sobre la cama la pistola aún humeante.

—Debes avisar al médico de guardia… y al agente Baxter… Se llevará una buena sorpresa al ver… cómo eres… en realidad…

Seila habló rápidamente. Al volverse hacia Roland, las facciones de éste ya parecían más tranquilas.

—No temas… Recibirás ayuda enseguida… Un veneno no mata si se le localiza con rapidez. —Inspiró aire con angustia y añadió—: Has acabado con la banda de Pulsen y eliminado una peligrosa

asesina, Roland pero ¿y los brillantes, especialmente aquella pieza única? ¿Qué ha sido de la fortuna de Steicker?

—Los brillantes pequeños no será difícil localizarlos… En cuanto al grande… está aquí mismo… Esta mañana visitó a Lorna un cómplice a quien no será difícil detener… Un pariente del joven que iba a fugarse con ella… Le ocultó el brillante… en un lugar donde nadie iba a investigar por el momento… Después del accidente Lorna tenía un ojo vacío… pero ahora se lo han sustituido por algo… que vale millones de dólares.

Seila miró hacia el cadáver y sintió como un vértigo. Sintió deseos de maldecir a aquella loca y al mismo tiempo de llorar por ella.

Detrás del silencio, detrás de la venda que cubría los ojos había varios millones de dólares.

¿Para qué?

Seila siguió a su esposo cuando se lo llevaron dos de los médicos de guardia. Aquél era su camino, un camino sin millones, pero que conducía a la única felicidad existente.

Un camino que ella seguiría hasta el fin.

FIN



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de que es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain